

## LA ENTRADA DEL VIRREY Y EL EJERCICIO DE PODER EN LA LIMA DEL SIGLO XVII<sup>1</sup>

Alejandra Osorio  
*Wellesley College*

De todas las solemnidades observadas en América, la entrada pública del virrey es la más espléndida y aquella en la que más se exhibe la impresionante pompa de Lima. No se ven sino ricos carruajes y calesas, encajes, joyas y equipajes espléndidos, con los que la nobleza eleva su emulación hasta perfiles asombrosos. Esta ceremonia es tan extraordinaria que me complace pensar que el lector disfrutará su descripción.<sup>2</sup>

**E**l 30 de noviembre, día de san Andrés, de 1569, el virrey Francisco de Toledo hizo su entrada oficial en Lima. El quinto virrey del Perú había llegado al puerto

Fecha de recepción: 5 de octubre de 2004

Fecha de aceptación: 4 de marzo de 2005

<sup>1</sup> La investigación en Lima, Madrid y Santiago para realizar este artículo fue financiada por una beca W. Burghart Turner del estado de Nueva York y por una de la Comisión Fulbright. Quiero agradecer los comentarios y sugerencias de Óscar Mazín y los dictaminadores anónimos de *Historia Mexicana*.

<sup>2</sup> JUAN y ULLOA, *A Voyage to South America*.

norteño de Paita a finales de septiembre. Había viajado por tierra hasta Lima y enviado a su cortejo virreinal por mar al puerto próximo del Callao. De camino a Lima, Toledo visitó varias ciudades sobre la costa e hizo una entrada solemne en la ciudad española de Trujillo.<sup>3</sup> Cercano Toledo a Lima, el cabildo se enteró de que su cortejo aún no había llegado al Callao. Como se acostumbraba acomodar a la familia del virrey en su nueva residencia antes de la entrada, Toledo tuvo que esperar no lejos de Chancay, en la Villa de Arnedo, aproximadamente nueve leguas al norte de Lima.<sup>4</sup> Cuando el séquito virreinal (criados y recámara) llegó al Callao y se estableció en las “casas reales” que ocuparía en Lima, Toledo viajó media legua hasta el rancho o chacara del Barrio Nuevo, en las afueras de Lima,

<sup>3</sup> Es probable que Trujillo fuera fundada por el conquistador español Francisco Pizarro. Véase VARGAS UGARTE, *Historia general del Perú*, p. 95.

<sup>4</sup> Cuando un virrey llegaba al Perú por El Callao y su navio era avistado desde la costa, la artillería del puerto hacía un saludo con armas de fuego y el barco del virrey lo respondía. Cuando desembarcaba recibía un nuevo saludo, al tiempo que los escuadrones de infantería y caballería ondeaban sus banderas. Luego lo recibían y saludaban en la playa la Audiencia, el cabildo de Lima y el capítulo eclesiástico de la catedral. Caminaban juntos hasta la iglesia del puerto, donde se oficiaba un *tedium laudamus*, un antiguo himno de alabanza que comenzaba diciendo “Te alabamos, señor” y que se utilizaba como expresión de agradecimiento en ocasiones especiales. Luego el virrey era conducido hacia la casa preparada para alojarlo, donde la ciudad ofrecía un banquete en su honor y llegaban a saludarlo personalidades importantes de la sociedad limeña, así como funcionarios locales y coloniales. La noche antes de su entrada, el virrey era entretenido en El Callao con juegos cortesanos, fuegos artificiales y música. La ruta y estructura de la entrada la decidía el nuevo virrey en consulta con las autoridades políticas y civiles de Lima.

donde lo saludaron los funcionarios reales y limeños antes de su entrada formal en la ciudad unos días después.<sup>5</sup> Toledo había salido del puerto español de San Lúcar de Barrameda en marzo de 1569.<sup>6</sup>

El día de su entrada, después de haber cenado con su familia la noche anterior, Francisco de Toledo salió temprano de la chacara del Barrio Nuevo. El virrey fue cargado en una litera, seguido por su estandarte. Un poco antes de llegar a la ciudad, lo alcanzaron las compañías de lanceros y arcabuceros, que lo acompañaron el resto del camino. Justo en los límites de la ciudad, Toledo bajó de la litera y montó su propio caballo. El virrey, lujosamente vestido, trotó hacia los límites de la ciudad con los arcabuceros en la vanguardia y los lanceros en la retaguardia. Ya en el borde de la ciudad el mayordomo de Lima le obsequió, como era costumbre, un espléndido caballo.<sup>7</sup> En este punto Toledo también fue recibido por los alabarderos del virrey, alabardas en mano y vestidos con lujosos uniformes amarillos, negros y rojos, y por la infantería, al mando del capitán Julio de la Reinaga, elegido para pronunciar el discurso oficial de bienvenida al virrey. Acto seguido, Toledo montó en su caballo nuevo, lujosamente enjaezado, y se acercó al estrado y arco que el cabildo había construido para su juramento. Una vez junto al estrado, que estaba cerrado por los cuatro costados con tapicerías y colgaduras lujosas, Toledo desmontó, entró y tomó el juramento tradicional, en el que prometió conser-

<sup>5</sup> *LCL*, vol. X, 4 de noviembre de 1585.

<sup>6</sup> *BNM, Yndias de Birreyes*, "Capítulo sexto del viaje del virrey en tierra y mar hasta su desembarcación en el de Dios".

<sup>7</sup> El mayordomo fungía como caballero mayor del virrey durante la ceremonia.

var todos los privilegios de Lima. Una vez que el cronista del cabildo registró diligentemente el juramento, se abrieron las puertas del arco triunfal permitiéndole a Toledo entrar a la ciudad. El virrey volvió a montar y, debajo del palio, comenzó su lenta marcha por las calles principales hacia la Plaza Mayor. Las riendas del caballo eran llevadas por dos alcaldes ordinarios (magistrados municipales), mientras que seis regidores (consejeros municipales) sujetaban las varas del palio.<sup>8</sup>

\*

Como *alter ego* del rey, el virrey en las posesiones españolas de América era el máximo funcionario del imperio y gozaba de derechos y atributos presumiblemente afines a los del monarca español. La asociación del rey con su *alter ego* en el imaginario público se lograba mediante la ejecución de ceremonias complejas que rodeaban la imagen del virrey con elementos y símbolos asociados directamente con la majestad del monarca distante. Sin embargo, en Lima la fusión entre las dos figuras parece haber adquirido forma un poco distinta que en otras partes del imperio español. Por ejemplo, mientras que en la ciudad de México del siglo XVII, el rey y el virrey compartían el estrado durante la proclamación real, en Lima el rey aparecía solo.<sup>9</sup> Quizás por esto, mientras que la entrada del virrey en la ciudad de México constituía la máxima ceremonia pública para la legitimación del dominio colonial, en Lima la misma no eclipsaba las de

<sup>8</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, "Capitulo undecimo de la entrada del Virrey en esta çibdad de los Reies".

<sup>9</sup> Véase OSORIO, "The King in Lima", pp. 447-474.

las exequias reales y las proclamaciones del rey.<sup>10</sup> La procesión de entrada del virrey en Lima, durante el siglo XVII, también parece haber reflejado otra forma o estructura de la *res publica* que el virrey llegaba a gobernar, más amplia que la de la ceremonia realizada en la ciudad de México, donde sólo desfilaban los gobernantes. Por otro lado, en la Nueva España el territorio que atravesaba el virrey para llegar a la ciudad de México, con varias entradas oficiales por el camino, era mucho más extenso que en el Perú, donde la mayoría de los virreyes hacía el viaje hacia el sur por mar, desembarcando directamente en el puerto del Callao, distante sólo dos leguas de Lima. Por lo tanto, en Lima la peregrinación del virrey hacia su residencia y centro del espacio gobernado adquiría sentidos geográfico y político distintos de los gobernantes de la Nueva España.<sup>11</sup> Todos estos factores parecen haber dado lugar a una interpretación más ambigua de la imagen del virrey en el Perú.<sup>12</sup> Ambigüedad que se profundizó durante el siglo XVII debido a que el rey redefinió constantemente la persona y poderes políticos del virrey, en un intento por frenar lo que se percibía como abusos de poder de su *alter ego* en ultramar.

#### TOMA DE POSESIÓN Y LEGITIMACIÓN DEL PODER:

##### LA ENTRADA DEL VIRREY

Durante el siglo XVII, el poder se manifestaba, a menudo, mediante rituales públicos ostentosos. La primera exhibi-

<sup>10</sup> Véase CURCIO-NAGY, *The Great Festivals*.

<sup>11</sup> ANDERSON, *Imagined Communities*, pp. 52-58.

<sup>12</sup> Véase HERTZOG, "La presencia ausente", pp. 819-826.

ción pública del poder del virrey en la ciudad colonial que llegaba a gobernar era su “entrada”, modelada según las entradas triunfales de la realeza en las ciudades europeas. La entrada virreinal, también conocida como “recibimiento”, era la ceremonia de bienvenida realizada en Lima para cada nuevo virrey y podía durar desde algunas semanas hasta algunos meses. De acuerdo con el jurista del siglo XVII Juan de Solórzano y Pereyra, la entrada del virrey era una de varias preeminencias de las que éste gozaba por representar la persona del rey.<sup>13</sup> Esta ceremonia servía para recordar a los súbditos su relación recíproca con sus gobernantes. Las entradas presentaban al nuevo virrey mediante un ritual que exhibía muchos elementos asociados con la magnificencia real. El poder del rey, por lo tanto, se manifestaba cada vez que su *alter ego* aparecía en público rodeado de esplendor y magnificencia.<sup>14</sup> En un sentido más general, la entrada virreinal definía un campo de operaciones para el nuevo virrey en la ciudad, donde la ceremonia se convertía en una sinécdoque de la comunidad más amplia que él llegaba a gobernar.<sup>15</sup> La magnificencia

<sup>13</sup> Véase SOLÓRZANO Y PEREYRA, *Política indiana*, hb. v, cap. XII.

<sup>14</sup> Para una descripción de la magnificencia que rodeaba las entradas reales en los inicios de la España moderna, véase RÍO BARREDO, *Madrid*.

<sup>15</sup> CERTEAU, *The Practice*, pp. 124-129. Durante el siglo XVII esta geografía del poder virreinal quedó delimitada en Lima por la procesión del virrey, que comenzaba en el convento de Montserrat en la orilla oriental de la ciudad y avanzaba unas ocho cuadras en línea recta hasta la Plaza Mayor. Ahí daba vuelta en la calle Mercaderes, luego en la calle de La Merced y por fin en la de Martín de Ampuero, para seguir por Miguel de Medina hasta la catedral. Para salir daba vuelta en Medina y seguía hasta el palacio virreinal. Esta ruta era considerablemente más

desplegada durante las ceremonias efectuadas a la llegada del anuncio de la designación de un nuevo virrey, su arribo al virreinato, y su entrada oficial en Lima, superaban a menudo la que se desplegaba en las ceremonias en honor del propio rey.<sup>16</sup>

La primera oportunidad que tenía el virrey para evaluar el clima futuro de su gobierno era la ceremonia de bienvenida en El Callao, realizada antes de su entrada oficial en Lima, conocida como besamanos.<sup>17</sup> Aunque usualmente no faltaban descontentos con el nuevo virrey y con su agenda, rara vez, si acaso, estallaba el conflicto durante la realización de la ceremonia ya que los inconformes se expresaban durante los preparativos; en particular por el tema de la distribución de fondos para el financiamiento del evento. Aun así, cuando llegó a haber preocupación o incluso animosidad hacia el nuevo gobernante, como en el caso del primer virrey Blasco Núñez de Vela, quien llegó al

---

larga que la trazada para las ceremonias del rey, que se limitaba a la plaza y las calles adyacentes. Sin embargo, la ruta que siguieron Toledo y el Conde del Villar (1585) estuvo mucho más confinada al espacio adyacente a la plaza. Estos dos virreyes entraron a la ciudad por uno de los costados posteriores del palacio y dieron vuelta sobre la calle del Convento de Santo Domingo, luego tomaron la calle Plumereros y en seguida Mantas, para acabar en la plaza. Véase BROMLEY y BARBAGELATA, *Evolución urbana de Lima*.

<sup>16</sup> Véase OSORIO, "Inventing Lima".

<sup>17</sup> Luego el virrey devolvía la atención haciendo visitas personales a todas las instituciones religiosas y seculares, así como a familias importantes de la ciudad, durante las semanas posteriores a su llegada. El besamanos en Castilla, como gesto de sumisión realizado tanto por los grandes señores del reino como por los funcionarios reales, tenía probablemente raíces musulmanas. Véase RUIZ, "Unsacred Monarchy", pp. 125-126.

Perú en 1544 a poner fin a la muy debatida encomienda, los altercados ocurrieron antes o después de su entrada.<sup>18</sup> La ausencia casi completa de conflicto público se puede explicar, en parte, por lo importante que era para Lima dar en esta ocasión la imagen de una ciudad poderosa. El orden y lujo de la ceremonia era un reflejo directo del poder y fuerza de la ciudad colonial dentro del virreinato. Otra razón pudo ser la esperanza de causar buena impresión en el virrey para luego obtener sus favores. Entre 1544-1705 el Perú tuvo 23 virreyes, de modo que la entrada virreinal fue uno de los rituales más frecuentes y espléndidos realizados en la ciudad durante el siglo XVII.<sup>19</sup>

La larga procesión que acompañaba al virrey por las calles de Lima incluía a los distintos grupos que conformaban la comunidad política que llegaba a gobernar y era

<sup>18</sup> Véase FERNÁNDEZ (El Palentino), *Historia del Perú*, vol. 164, parte II, cap. III. También BROMLEY, "Recibimientos de virreyes en Lima", pp. 42-43.

<sup>19</sup> Aunque los periodos virreinales eran de tres años, en El Perú fluctuaron entre uno (Antonio de Mendoza, 1551-1552) y hasta 16 años (Melchor Portocarrero Laso de Vega, Conde de la Monclova, 1689-1705). En promedio, había un cambio de virrey cada 5-8 años, de modo que los limeños llegaban a presenciar quizás tres o cuatro entradas en sus vidas. En cambio, las exequias reales y las proclamaciones del rey eran acontecimientos raros que durante el siglo XVII ocurrieron cada 20-40 años. Los limeños probablemente presenciaron estas ceremonias una vez en la vida. Por otra parte, mientras que para la gente que vivía lejos de Lima las posibilidades de presenciar una entrada virreinal eran prácticamente nulas, las exequias y proclamaciones se celebraban en todas las ciudades del reino. Desde mi punto de vista, esto habría convertido la figura del rey en una "realidad más presente" que la del virrey. Véanse PÉREZ SAMPER, "El rey ausente", y HERTZOG, "La presencia ausente", ambos en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, pp. 379-394 y 819-826, respectivamente.



observada y vitoreada por todo tipo de gente parada a lo largo de su recorrido hacia el corazón de la ciudad.

Esta procesión era importante porque, como ha señalado Robert Schneider, las procesiones públicas incorporaban a muchas personas que de otro modo no tendrían un lugar en la jerarquía política, permitiéndoles participar en el proceso que iba conformando la ciudad. Estas procesiones, por lo tanto, no expresaban necesariamente un sentido de *communitas*, sino más bien su estructura: mientras que la vida urbana cotidiana podía ser caótica y laxa, las procesiones se realizaban siempre de manera muy estructurada. Es decir, el avance lento de la procesión reflejaba una imagen ordenada ideal de la estructura de la ciudad. Durante la entrada virreinal — así como en las ceremonias reales y rituales religiosos —, la ciudad no sólo se “ordenaba”, sino que se “vestía” con grandes lujos. Por lo tanto, las ceremonias oficiales públicas eran la ocasión en que “el ideal de una sociedad tanto jerárquica como armoniosa, tanto estratificada como unificada, adquiriría una realidad momentánea” y en que la ciudad se convertía, por fin, en una corporación o un orden social idealizado.<sup>20</sup> Como la entrada virreinal estaba diseñada para destacar la autoridad política, su progreso ordenado reflejaba el ideal muy elevado que tenía la monarquía española del buen gobierno y policía.<sup>21</sup> La entrada del virrey no sólo reproducía la de los emperadores romanos victoriosos, sino que permitía a las ciudades y a los vasallos

<sup>20</sup> SCHNEIDER, *The Ceremonial City*, pp. 138-139.

<sup>21</sup> LECHNER, “El concepto de ‘policía’”, pp. 395-409. Este “cuerpo de república” ideal también se realizaba en las vidas santas y armoniosas descritas en las numerosas prosopografías que circulaban en la Lima del siglo XVII. Véase OSORIO, “Inventing Lima”, cap. 5.

renovar sus votos de obediencia y lealtad a su monarca español.<sup>22</sup> Por lo tanto, el recibimiento del virrey era una ceremonia importante para legitimar la autoridad y poder del nuevo gobernante y del rey, así como una oportunidad inigualable para que Lima exhibiera su posición, magnificencia y poder ante las otras ciudades provinciales del virreinato.

La figura del virrey era importante para establecer la identidad y poder de Lima como “cabeza” del virreinato. Desde la creación de la Audiencia de Lima en 1542, la residencia del virrey y su corte se convirtió en una fuente cada vez más importante del capital simbólico que necesitaba Lima para legitimarse como el nuevo centro del dominio español y como la ciudad más poderosa del enorme virreinato del Perú.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Esta renovación del “contrato” o vínculo con sus súbditos era un componente esencial del consejo que recibió Carlos V de su tutor Erasmo acerca de cómo ser un buen príncipe. Erasmo también menciona que recorrer los reinos es una nueva “tecnología” imperial que puede usar el príncipe para acercarse más a sus súbditos. Véase ERASMO, *The Education of a Christian Prince*, pp. 65-68 (*Educación del príncipe cristiano*). Véase también RODRÍGUEZ MOYA, *La mirada del virrey*, pp. 88-89 y PÉRISSAT, *La fête des rois*, p. 50.

<sup>23</sup> En la época de la conquista española, alrededor de 1534, el centro político del imperio inca estaba ubicado en la ciudad del Cuzco, en el altiplano. Según la costumbre española, Francisco Pizarro reconoció este hecho al fundar El Cuzco ya como ciudad española, y designarla cabecera de toda la Nueva Castilla, que fue el primer nombre español de la región comprendida por el antiguo imperio inca. Casi una década después, con la creación del virreinato del Perú en 1542, la sede del virrey y su corte se estableció en la recién fundada ciudad litoral de Lima, un lugar sin vínculos históricos con los incas conquistados. El establecimiento de la corte virreinal sobre el litoral desató una disputa prolongada entre las dos ciudades por la legitimidad como representantes del Perú. Se podría argumentar que la disputa se resolvió en 1671, cuando Lima logró coronar en Roma a santa Rosa de Lima como la primera santa

Durante el siglo XVII, la ceremonia de la entrada del virrey se convirtió en una oportunidad más para que Lima demostrara su esplendor y poder, al elevar los estándares de los festejos públicos realizadas en las ciudades más pequeñas del reino. Debido a que en el Perú muy pocos virreyes viajaron fuera de los confines de Lima, la entrada virreinal le proporcionó a la ciudad colonial una oportunidad casi exclusiva de exhibir su magnificencia. El cabildo fue el encargado de relatar estas ocasiones majestuosas y de distribuir las crónicas por el resto del virreinato, como un testimonio escrito del poder de Lima.<sup>24</sup> Sin embargo, las ciudades provinciales no dejaron de desafiar el poder y autoridad de Lima y de tratar de superar sus despliegues de magnificencia cuando fuera posible. Éste fue el caso de la entrada del virrey Francisco de Toledo en El Cuzco en 1570, cuando, a pesar de que se prohibió oficialmente la celebración, la ciudad montó un magnífico aparato con festejos que duraron quince días consecutivos. Como las ceremonias que rodeaban la llegada del nuevo virrey tenían tal importancia política para Lima, el ingreso virreinal en las ciudades provinciales demuestra la relevancia política que tenían estas ceremonias también para la rivalidad entre las ciudades del virreinato. Una manifestación de estos feudos internos era la competencia por ver cuál ciudad podía ofrecer el mayor despliegue de opulencia (o *es-tatus*) durante la entrada del virrey.<sup>25</sup>

---

nacida en América. Ese mismo año santa Rosa fue designada por la corona española como la santa patrona de todas sus posesiones de ultramar, incluidas las Filipinas. Véase OSORIO, "Inventing Lima", caps. 1 y 5.

<sup>24</sup> Para el uso de las relaciones de fiestas en el Chile colonial véase CRUZ DE AMENÁBAR, *La fiesta*, pp. 78-85.

<sup>25</sup> OSORIO, "Inventing Lima", cap. 3.

## ENTRADAS VIRREINALES, MAGNIFICENCIA Y PODER

La entrada del nuevo virrey seguía el modelo de la entrada triunfal del rey español en las ciudades europeas. En los inicios de la Europa moderna, la entrada real constituyó uno de los festejos cortesanos más públicos y solemnes en el cual el príncipe tomaba posesión de una ciudad o pueblo.<sup>26</sup> De acuerdo con Roy Strong, entre 1450-1650 la entrada real se convirtió en “un triunfo absolutista que emulaba los de la Roma imperial”. Este cambio conllevó no sólo una transformación en la forma, sino también en el contenido o estructura ideológica, para anular “cualquier posibilidad de que se usara como vehículo de diálogo con los estamentos medios de la sociedad.”<sup>27</sup> Es decir, para mediados del siglo XVII, la entrada en Europa tenía más que ver con forma que con contenido.<sup>28</sup>

En la Lima del siglo XVII, en cambio, el contenido de la entrada era aún tan importante como su forma. Dentro de la ceremonia de la entrada, el juramento del virrey era un momento importante para la ciudad. Mientras que el juramento en la proclamación del rey era un ritual público y abierto, el tomado por el virrey era aparentemente más privado y restringido a los alcaldes, el regidor más antiguo

<sup>26</sup> BRYANT, *The King and the City*. Existe una historiografía extensa sobre las entradas europeas, aunque no para España. Véase RUBENS, *The Magnificent Ceremonial Entry*, y RÍO BARREDO, *Madrid*.

<sup>27</sup> STRONG, *Art and Power*, pp. 42-43. Véase también ERASMO, *The Education*.

<sup>28</sup> Esto también se ha dicho de la España moderna temprana en RÍO BARREDO, *Madrid*, pp. 55-92.

y el cronista, es decir, a los funcionarios municipales.<sup>29</sup> El escenario montado para tal acto del virrey era una plataforma encerrada en colgaduras y tapicerías lujosas. Tenía una alfombra, escritorio y silla, y siempre se colocaba frente a las puertas cerradas del arco que permitían al virrey el acceso simbólico a la ciudad por primera vez una vez finalizado el juramento.<sup>30</sup> Redactado de manera muy similar al del rey en su proclamación, el juramento del virrey prometía respetar y defender los derechos y privilegios de la ciudad. A diferencia del rey, sin embargo, el virrey no prometía otorgar a la ciudad nuevos privilegios, sino sólo respetar los ya existentes; reflejo de que era prerrogativa del monarca conceder favores. Al concluir la ceremonia se abrían las puertas del arco para que el virrey entrara en la ciudad simbólicamente como una nueva persona: su gobernante. El juramento del virrey simbolizaba un pacto entre la ciudad y su nuevo gobernante; a cambio, la ciudad siempre ofrecía al nuevo virrey un magnífico caballo como símbolo de la excelencia del gobernante y de la gratitud de sus súbditos.<sup>31</sup>

<sup>29</sup> El juramento del rey se leía en voz alta a la ciudad completa, presente en la Plaza Mayor, donde se realizaba la ceremonia en un gran estrado. Véase OSORIO, "The King in Lima", y BROMLEY, "Recibimientos de virreyes", p. 69.

<sup>30</sup> Las sillas en los ceremoniales modernos tempranos representaban el poder, de modo que el cabildo siempre decoraba una silla nueva para la entrada de cada virrey. Para Martín Enríquez en 1581 por ejemplo, el cabildo adquirió una silla forrada de terciopelo negro con adornos dorados. La misma tela con los escudos de armas tanto del virrey como de la ciudad se usó para la silla y manta de su caballo. *LCL*, IX, 28 de abril de 1581.

<sup>31</sup> El rey montado a caballo era un símbolo del gobierno: la montura representaba al pueblo que, como un caballo, podía desmontar a un

## LOS SIGNIFICADOS POLÍTICOS DEL ARCO TRIUNFAL

Además de un caballo de raza, el cabildo le ofrecía al nuevo virrey un arco. Por lo general, esta estructura exhibía una iconografía con gran contenido político que no sólo hacía alusión a acontecimientos recientes en Lima, sino que expresaba la solución deseada a ciertos problemas y las acciones que se esperaba que el virrey realizara por la ciudad. Como el diseño, construcción y decoración de estos arcos se solía encargar a artistas y escritores reconocidos, solían ser verdaderas obras de arte que ponían la creación artística al servicio de las élites gobernantes al ayudar a diseminar la ideología oficial.<sup>32</sup> Mientras que en Europa el rey siempre entraba a la ciudad por una puerta existente en los muros medievales, su *alter ego* en América entraba a su nuevo espacio de poder a través de una estructura efímera construida sólo para la ceremonia.<sup>33</sup> El arco mandado

gobernante injusto. En su *Declaración magistral de los emblemas de Alciato* (1610), Diego López comparó al príncipe con un buen jinete, que sabe “gobernar” al caballo, a riesgo de ser arrojado al suelo. Sebastián de COVARRUBIAS en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611) y Diego SAAVEDRA y Fajardo en su *Empresas* (1642) ven en el rey a caballo un símbolo del buen gobierno (dominio) del pueblo.

<sup>32</sup> SEBASTIÁN, *Contrarreforma y barroco*, pp. 110-120 y RÍO BARREDO, *Madrid*, p. 60. Véanse también RAMOS SOSA, *Arte festivo en Lima virreinal*, pp. 27-69, RODRÍGUEZ MOYA, *La mirada del virrey*, p. 89 y RAMA, *The Lettered City*, pp. 23-25.

<sup>33</sup> Para finales del siglo XVII, Lima ya tenía una muralla que rodeaba la ciudad. No obstante, durante la mayor parte del siglo el juramento se tomó en la puerta de un arco efímero que representaba quizás el carácter mimético (más que el simulacro) del virrey y sus poderes, que en última instancia acentuaban los del rey como gobernante supremo y “auténtico”.

hacer por el cabildo de Lima en 1589 para la entrada del virrey García Hurtado de Mendoza, segundo Marqués de Cañete, era una estructura de “razonable altura” y con una puerta “vistosa y espaciosa”. Sin embargo, de acuerdo con el cronista, el arco no tenía espacio suficiente para todas las “letras” y “figuras” o esculturas contenidas en el diseño original. En el extremo superior, el arco exhibía las armas reales y una inscripción que decía: “Feliz vida aumenta la majestad divina”.<sup>34</sup> A ambos lados del escudo de armas del rey estaba el de Lima, con tres coronas por “Los Tres Reyes”, rematadas cada una con una estrella, todo sobre fondo azul. Debajo de los escudos de armas había una inscripción según la cual el rey y la Iglesia “guiarán hasta la muerte”. Además, los pilares del arco estaban decorados con pinturas alegóricas. Del lado derecho aparecía un anciano “venerable” vestido como rey indio y sentado debajo de un árbol que, según el cronista, representaba “el Reino del Perú”, con una inscripción que decía: Estoy sentado debajo del Árbol que deseaba, y a la sombra q. esperaua. Una vid envolvía el tronco del árbol y una inscripción en latín sugería “ayuda mutua”. El Marqués de Cañete fue el primer virrey que llevó a su esposa al Perú. El cronista señaló que esta imagen representaba “el casamiento del virrey”, pero dejó claro que “no sería un estorbo” ni un impe-

<sup>34</sup> Dos octavas escritas para la ocasión fueron omitidas por falta de espacio a cada lado del escudo de armas. Una, presentaba la imagen del rey como Salvador, mientras que la otra presentaba a la Iglesia como una madre protectora que ayuda en la creación del hombre, al tiempo que lo hace ser mejor y más clemente. Véase “Octava Rima” en BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 16 del Recibimiento que esta ynsigne çibdad, hizo al Virrei don garçia de mendoça”.

dimento a su gobierno, sino una ayuda, “como la vid al árbol, y viceversa”.<sup>35</sup> En la Europa moderna temprana, los árboles eran un símbolo ya antiguo de la legitimidad del poder y, más específicamente, del gobierno o dominio en una monarquía contractual. Aquí, el árbol sugería el dominio tanto del rey como del nuevo virrey sobre el rey indio, que simbolizaba, por supuesto, el reino conquistado de Perú. Los frutos eran un símbolo antiguo de la autoridad política y religiosa, símbolos aquí de la autoridad del virrey y de Lima. El mensaje que remataba esta sección del arco se refería a los beneficios que ofrecía para El Perú — y, obviamente, para los indios— la protección (la sombra del árbol) y el dominio del rey y el virrey, ambas circunstancias presentadas como un deseo explícito de los indios. La pintura también aludía a la complementariedad y unidad de los esposos y, quizás, de los mundos andino y español.<sup>36</sup> Esta sección subrayaba el carácter jerárquico de la sociedad colonial, en la que todos tenían un lugar asignado y en la que los frutos del trabajo de cada uno beneficiaban al rey, a Dios y a la república, entendida como española e india.

<sup>35</sup> También es posible leer estas imágenes como una aprobación del matrimonio, sacramento que la corona y la Iglesia promovían constantemente. Por otro lado, se puede haber incluido como una manera de dispersar posibles preocupaciones por la presencia de la virreina como un obstáculo en el gobierno del virrey. El matrimonio y la unidad también se sugerían con un par de emblemas que colgaban del árbol en lugar de frutos. Uno contenía el escudo de armas del virrey y la virreina, mientras que el otro tenía el de Lima. Una inscripción en latín indicaba que *non Potest Arbor bona, malos fructus facere* (un árbol bueno no puede dar malos frutos) y una leyenda decía: *sicada arbol da su fruto/gozaran de estos dos el Rei Republica y Dios*.

<sup>36</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 16”.



En la parte izquierda del arco, la pintura de una mujer joven con una balanza en una mano simbolizaba la virtud de la justicia. Una imagen de riendas sujetas a frenos, con un lado flojo y el otro tenso, simbolizaba la prudencia. En un plato, la balanza tenía “instrumentos de justicia”: cadenas, grilletes y espadas. En el otro tenía “instrumentos de clemencia”: coronas, ramas de oliva y hojas de palma. La balanza estaba ladeada hacia el lado de la clemencia, “hacia la recompensa en lugar del castigo”, por ser las dos virtudes de la Justicia. El lado de la pintura dedicado a la justicia se completaba con la siguiente inscripción: “con estas dos [virtudes] gobierna Dios desde lejos/ [pero] el buen ejemplo es para aquí”. Parecería sugerir al virrey que la ciudad esperaba que su gobierno fuera más benévolo que estricto. En la otra mano, la Justicia sostenía un ramo de flores y “frutos maduros” que representaban, según el cronista, cómo su majestad había “madurado este fruto en el árbol del marqués de Cañete”.<sup>37</sup> Don García había estado antes en El Perú, en 1556, mientras era virrey su padre, don Andrés Hurtado de Mendoza, primer Marqués de Cañete. Don García también había sido gobernador en Chile en 1557. Los “frutos maduros” se referían a su trayectoria antes de haber recibido del rey la designación como virrey del Perú. El simbolismo sugería que Lima consideraba la designación justa y legítima, y que don García tenía una “autoridad” natural para gobernar.

El arco tenía dos puertas. Una lucía la pintura de un capitán armado, un gentil hombre que empuñaba una lanza en la mano izquierda, mientras con la derecha levantaba a una

<sup>37</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 16”.

mujer tirada a sus pies. De acuerdo con el cronista, la mujer simbolizaba a la ciudad de Lima vestida con el atuendo real “correspondiente a su nombre de ‘los Reyes’, cubierto de coronas y estrellas, como [en] su escudo de armas”. A los pies de la señora Lima había edificios en ruinas. El cronista explicó que esta imagen y la leyenda en latín que la acompañaba representaban a la ciudad que pedía “ser levantada de su caída y liberada del polvo”; éste tenía un doble significado. Representaba los escombros producidos en la ciudad por el terremoto del 9 de julio de 1586. El capitán, que probablemente representaba al virrey, respondía *Tarde SED Tuto*, que de acuerdo con el cronista significaba aunque “vengo tarde vengo muy al seguro en tu favor”.<sup>38</sup> Para dar este sentido, había una lechuza junto a la lanza, con una inscripción en latín que decía: *Consilio et fortitudo*, es decir, “llego con consejo y fuerza”. El consejo estaba representado por la lechuza y la fuerza por la lanza. En el centro de la composición aparecía el sepulcro del Marqués de Cañete. Se refería a la muerte del padre del nuevo virrey, ocurrida en Lima en 1560. Una inscripción en latín aludía también a que el nuevo virrey llegaba al Perú a continuar el legado de su padre: *Restaurador, P. et. P.*, es decir, “restaurador del honor de mi padre y de mi Patria”.<sup>39</sup>

La otra puerta del arco llevaba una pintura de Eneas y su padre Anquises, con un cartel sobre los hombros que

<sup>38</sup> Tarde, de *tardus*, significa “lento”, mientras que *tuto*, de *tutus*, significa “seguro”. La frase podría significar algo así como “lento, pero seguro”. Sin embargo, *tardus* también puede tener la connotación negativa de “perezoso”, aunque también puede significar “tarde”. Agradezco esta aclaración a Ray Starr del Departamento de Letras Clásicas del Wellesley College.

<sup>39</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 16”.

leía: *Honor onus q. Paternum*, en relación con la honestidad y la obligación paterna. Otra inscripción se refería a la piedad y el respeto de un hijo hacia su padre. Eneas, de acuerdo con el cronista, representaba al virrey, mientras que Anquises representaba tanto al rey como a don Andrés. El tema que remataba esta puerta era el de la obediencia filial entre hombres y la perduración de su amor a pesar de los obstáculos. Vale la pena analizar el uso de Eneas para representar al virrey. En la mitología clásica, Eneas salva la vida de Anquises en la batalla de Troya.<sup>40</sup> Luego Anquises acompaña a Eneas en su viaje a Italia. En el camino, Eneas es recibido en Cartago por Dido, su fundadora y reina, que se enamora locamente de él. Cuando Eneas deja Cartago para seguir hacia Italia, Dido maldice a los troyanos y se mata con una daga. Ya en Roma, Eneas se vuelve el fundador (o el origen) de la raza romana. El mensaje se puede interpretar en sentido criollo, al convertir al virrey —que había nacido en el Nuevo Mundo— en el fundador de una nueva “raza”, la política criolla.<sup>41</sup>

El arco sobre las puertas exhibía un gran sol y luna. El sol radiante estaba rodeado de nubes, con una inscripción en latín que decía *Post nubila Phebus*: “más allá de las nubes, el Sol”. De acuerdo con el cronista, las nubes representaban la miseria que había soportado la ciudad, los ataques de piratas, el terremoto, las epidemias de viruela y

<sup>40</sup> Eneas también era hijo de la diosa Afrodita, que se embarazó cuando descendió del cielo para examinar la hermosa complexión de Anquises.

<sup>41</sup> Esta “raza” no se basa en la biología, sino en un origen geográfico común y remite al argumento de Francisco de Vitoria de que la ciudadanía es resultado del lugar de nacimiento (*jus solis*), no de la sangre (*jus sanguini*). Véase VITORIA, *Relectiones*, 1557.

sarampión y las muertes de don Andrés y del rey. El Sol, un símbolo clásico de la monarquía, representaba al rey. En este caso, el sol radiante señalaba la esperanza de Lima de que como representante del rey, la llegada del nuevo virrey levantara a la ciudad de su miseria. La Luna, en cambio, simbolizaba a Lima, con la siguiente leyenda: “mira al Sol, de cuya luz recibe su esplendor, y por ello se ve clara y feliz”. La ciudad sin el poder del rey no podía brillar por sí sola. Como parte del conjunto —del reino y del virreinato—, Lima adquiriría plenitud con el poder del rey y, en este caso, con la llegada del virrey como su representante. En la parte superior del arco, una inscripción ofrecía toda la estructura al virrey, como condensación de los deseos de Lima expresados en distintas partes: “El senado y el pueblo de Lima ofrece este Arco al señor don garcía de mendoça Por la esperança q tiene de q con su venida sera reparada esta çibdad”. El diseño original del arco incluía una leyenda adicional que reflejaba el orgullo de la ciudad por su evolución hacia la grandeza y la insinuación de que incluso el virrey se humillaría al verla: “Admirase don garcía de ver la grandeza de esta çibdad q en otro tiempo era Rancherías y aora esta tan [ilustre] y opulenta”. Sin embargo, esta inscripción no fue incluida por falta de espacio.<sup>42</sup>

<sup>42</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 16”. Aunque aquí el rey aparece representado como el Sol, no parece haber una referencia al dios solar Apolo, como en las entradas virreinales de la ciudad de México. En esta iconografía, el virrey en Lima no es representado como el virrey-héroe descrito por Curcio-Nagy para el México de los Habsburgo. En cambio, aparece en una relación paternal que subraya la obediencia y quizás la sumisión. Sin embargo, Rodríguez Moya, sostiene que con sólo dos

El arco patrocinado por el cabildo de Lima se solía colocar cerca del convento de Montserrat, en lo que luego se conoció como calle del Arco.<sup>43</sup> Dos arcos adicionales se erigían sobre la calle Mercaderes,<sup>44</sup> uno de frente a la plaza, patrocinado por el gremio de los comerciantes, y otro en la esquina con La Merced.<sup>45</sup> Este número de arcos parece haber sido exclusivo de Lima, ya que en la ciudad de México sólo se erigían dos; uno financiado por el cabildo eclesiástico y el otro por el cabildo de la ciudad.<sup>46</sup> Los comerciantes de Lima comenzaron a financiar uno de los arcos en 1556, en una época de crisis fiscal, cuando el cabildo les ordenó cubrir los costos de producción de uno de ellos para la entrada del primer Marqués de Cañete.<sup>47</sup> En ese entonces, el cabildo consideró que como los comer-

---

excepciones —la entrada del Marqués de Villena en 1640, cuando fue equiparado con Mercurio, y la del Conde de Baños en 1660, con Júpiter—, los virreyes de la Nueva España se solían comparar con figuras mitológicas menores, para establecer paralelismos entre las virtudes del virrey y las de los dioses y héroes mitológicos. RODRÍGUEZ MOYA, *La mirada del virrey*, p. 88 y CURCIO-NAGY, *The Great Festivals*, pp. 72-73.

De acuerdo con José Miguel MORALES FOLGUERA, los grandes dioses mitológicos se solían reservar para uso exclusivo en las celebraciones de la realeza. Esto parece corresponder a su uso en las ceremonias de la Lima colonial. Véase “Los programas iconográficos en las entradas de virreyes en México”, *Actas del XVIII Congreso Nacional de Historia del Arte*, Mérida, 1991, pp. 145-149.

<sup>43</sup> BROMLEY y BARBAGELATA, *Evolución urbana de Lima*, p. 30, n. 140.

<sup>44</sup> BROMLEY y BARBAGELATA, *Evolución urbana de Lima*, p. 21, n. 67.

<sup>45</sup> En Lima los gremios más ricos fundaron arcos adicionales. Véase BROMLEY, “Recibimientos de virreyes”, pp. 20-21, y BROMLEY y BARBAGELATA, *Evolución urbana de Lima*, p. 23, n. 80.

<sup>46</sup> Comunicación personal de Alejandro Cañete. Véase también CURCIO-NAGY, *The Great Festivals*.

<sup>47</sup> LCL, v, 20 de mayo de 1556.

ciantes limeños se habían vuelto excesivamente ricos y se beneficiaban de la “república”, tenían la obligación moral de dar algo a cambio de este privilegio. El cabildo les ordenó arreglar la entrada a la plaza y construir un “arco triunfal, como lo amerita[ba] la ocasión”, e impuso una multa de 200 pesos a cada comerciante que no cumpliera. A cambio, el cabildo les permitió participar en la procesión, con la sugerencia de “vestir lo mejor” que pudieran y los invitó a salir de la ciudad a recibir al virrey el día de su llegada.<sup>48</sup> Como los comerciantes se resistieron a la orden del cabildo, hubo que amenazarlos con el exilio si se negaban a cumplir.<sup>49</sup> Todo esto cambió en el siglo XVII, cuando la construcción del arco para la entrada del virrey se convirtió en un privilegio codiciado y permanente de la poderosa élite mercantil de Lima.<sup>50</sup>

Para la entrada del Conde de Monterrey en 1604, Lima ofreció cuatro arcos al virrey, ubicados en las esquinas de las calles Mercaderes, La Merced, Martín de Ampuero y Marina del Alva (Bodegones).<sup>51</sup> En el siglo XVII, la calle que quedaba directamente debajo y alrededor del arco erigido por los comerciantes de Lima en la entrada a la Plaza Mayor se solía adoquinar con lingotes de plata, como reflejo de la riqueza del virreinato, la magnificencia de Lima y el poder alcanzado por los comerciantes de la ciudad.

<sup>48</sup> LCL, v, 20 de mayo de 1556.

<sup>49</sup> LCL, v, 26 de mayo de 1556.

<sup>50</sup> SUÁREZ, *Desafíos transatlánticos*.

<sup>51</sup> BROMLEY, “Recibimientos de virreyes”, p. 63. Muchas calles de la Lima colonial eran conocidas por los nombres de la gente importante que residían en ellas. Véase BROMLEY y BARBAGELATA, *Evolución urbana de Lima*, p. 23, n. 80, p. 20, n. 63 y lám. 14.

Para la entrada del Conde de Salvatierra en 1648, la calle alrededor del arco se cubrió con más de 300 lingotes de plata.<sup>52</sup> Una situación semejante se dio para la entrada del virrey Conde de Lemos en 1667, cuando

[...] en la entrada de la calle Mercaderes, cerca de la puerta del consulado, había un arco magnífico y costoso, que valía la pena mirar. Había otro arco alto de arquitectura elegante en la intersección cerca del final de la misma calle. Este arco estaba lleno de arriba abajo y por dentro y fuera con platonos, jarrones y bandejas de plata blanca y dorada, todo muy elaborado, costoso e interesante. Todos los huecos del arco estaban cubiertos con más de quinientos cincuenta barras de plata, y cada una pesaba más de doscientos marcos.<sup>53</sup>

También se utilizaron lingotes de plata en 1674, para la entrada del virrey Baltasar de la Cueva, Marqués de Malagón y Conde de Castellar. De acuerdo con Francisco Mugaburu, “había un arco muy decorativo a la mitad de la calle Mercaderes [...] y toda el área adyacente al arco estaba adoquinada con barras de plata, la mayoría de más de 200 marcos [cien libras]”.<sup>54</sup> Para Mugaburu, la ausencia de lingotes de plata en la entrada del virrey Duque de La

<sup>52</sup> “[...] en la calle Mercaderes había otro arco, donde también le echaron [al virrey] una lluvia de flores y plata. Toda el área abarcada por el arco estaba adoquinada con lingotes de plata; había casi 300 barras de plata”. MUGABURU, *Chronicle of Colonial Lima*, p. 22.

<sup>53</sup> El marco era una unidad usada para pesar oro y plata. Equivalía a media libra. MUGABURU, *Chronicle of Colonial Lima*, p. 121.

<sup>54</sup> MUGABURU, *Chronicle of Colonial Lima*, p. 215. Véase también PÉRISSAT, *Lima fête ses rois*, pp. 49-50.

Palata en 1681 afectó el espíritu general de la ceremonia, pues hasta los toros estaban “apagados”.<sup>55</sup>

#### TOMA DE POSESIÓN: LA PROCESIÓN DEL VIRREY

Mientras que los mensajes inscritos en los arcos colocados sobre la ruta del virrey hacia el centro de Lima expresaban lo que esperaba la ciudad del rey y de su *alter ego*, y mientras que los lingotes de plata reflejaban la fuerza y poder de Lima, la procesión revelaba la estructura del poder político dentro del virreinato. La procesión del virrey por ciertas calles de la ciudad también puede verse como una peregrinación ritual para tomar posesión del territorio que llegaba a gobernar, así como para presentarlo a él y a su séquito a los nuevos dominios. La procesión lenta de Francisco de Toledo estuvo encabezada por la infantería, seguida por el capitán de arcabuceros a caballo con su compañía detrás. Seguían los criados del rey de dos en dos, vestidos con hábito de camino. Atrás de ellos iban 24 pajes con arcabuces, de dos en dos y ataviados con uniformes de terciopelo amarillo con adornos en negro y rojo, con dos maestros de salas, uno en frente y otro atrás. Esta primera sección iba seguida por la caballería, la nobleza de la ciudad, la universidad con sus borlas alineados según el rango y los maceros de la ciudad, con las mazas en descanso sobre los brazos. A continuación venía la Audiencia, con todos sus ministros y funcionarios de los distintos tribu-

<sup>55</sup> Más que un reflejo de la decadencia de la ciudad, esta escasez de plata se debió al envío de lingotes a España en un galeón antes de la llegada del virrey al Perú. MUGABURU, *Chronicle of Colonial Lima*, pp. 266-267.



nales, seguida por los reyes de armas, con sus cotas y mazas. Atrás venían los regidores, alcaldes y el teniente de la guardia del virrey, con guardas montados a ambos lados. Luego, debajo del palio, y en medio de la guarda, venían Toledo y los oidores. Éstos eran seguidos por el guión del virrey en cuerpo. Detrás del estandarte del virrey venían su caballero mayor y su chambelán, seguidos por dos escuderos, uno con una lanza y el otro con una maleta de terciopelo. Toda esta “máquina”, como la describió el cronista, terminaba con los lanceros que, dirigidos por su capitán, avanzaban de dos en dos en la retaguardia de la procesión.<sup>56</sup>

Es ampliamente aceptado que las procesiones representaban a la comunidad ideal, armoniosa y jerarquizada, con el gobernante presente en la cima de la jerarquía. En México, los indios, negros, mulatos, mestizos, mujeres y grupos religiosos, no participaban en la procesión de entrada. De acuerdo con Alejandro Cañeque, esta ausencia en la Nueva España se debía al carácter político de la ceremonia: como ninguno de estos grupos ejercía poder político, quedaban, por lógica, fuera de ésta.<sup>57</sup> En cambio, la procesión de entrada en Lima sugiere otra cosa, pues tanto gobernantes como gobernados estaban presentes en la ceremonia. Durante casi todo el siglo XVI, los indios, negros, castas y grupos religiosos estuvieron excluidos de las procesiones limeñas, pero a partir de 1589 el ritual comenzó a incorporar a estos grupos. La procesión de entrada del segundo

<sup>56</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo undécimo”. Esta alineación de funcionarios seguía el orden prescrito para las procesiones de entrada realizadas en la metrópoli. Véase LISÓN TOLOSANA, *La imagen del rey*.

<sup>57</sup> CAÑEQUE, “The King's Living Image”, p. 326.

Marqués de Cañete presentó ciertas innovaciones en relación con la entrada de Francisco de Toledo.<sup>58</sup> Para su juramento, el marqués viajó en un carruaje —en lugar de una litera— desde la chácara hasta el estrado. Por primera vez, el caballero mayor llevó descubierto el estoque del virrey. En los rituales europeos, la espada simbolizaba la fuente del gobierno.<sup>59</sup> Hacia el final de la procesión marchó el ayo del rey y de su padre, Julián de Bastidas, con Juan Osorio, el mayordomo mayor, Antonio Torres de la Fresneda, camarero del virrey, Antonio de Heredia, su secretario, y Francisco de Cañizares, gentil hombre de la cámara. Iban seguidos por cinco pajes de la cámara a caballo, que llevaban, respectivamente, una lanza, una maleta de terciopelo, un sombrero de tafetán, una espada y un casco con plumas muy notorio, todos ellos objetos asociados con el imperio y el dominio.<sup>60</sup> La aparición de estos nuevos símbolos del poder y el dominio políticos en la entrada virreinal reflejan la consolidación del poder imperial en el virreinato.<sup>61</sup> Sin embargo, quizás la innovación más importante fue que la procesión del virrey estuvo encabezada por una suiza o compañía de indios vestidos como los

<sup>58</sup> Entre los gobiernos de los virreyes Toledo (1569-1581) y García Hurtado de Mendoza, segundo Marqués de Cañete (1590-1596) hubo otros tres: el virrey Martín Enríquez de Almanza (1581-1583), Audiencia (1583-1585) y Francisco de Torres y Portugal, Conde del Villar (1585-1590).

<sup>59</sup> Para una discusión sobre el sentido simbólico y la importancia de las insignias reales para el buen gobierno, véase ERASMO, *The Education*, pp. 16-17 y 49-50.

<sup>60</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, "Capítulo 16".

<sup>61</sup> Se ha atribuido a Francisco de Toledo la consolidación del estado colonial en el virreinato del Perú.

guardias de la suiza del rey, con uniformes vistosos de seda rematados con oro.<sup>62</sup>

La presencia de indios en las entradas virreinales de Lima aumentó marcadamente a lo largo del siglo XVII. En 1622, la procesión de entrada del Marqués de Guadalcazar incluyó cerca de quinientos indios con arcabuces “y picas, con sus capitanes, alférez y sargentos [...] todos muy bien aderezados y algunos de ellos con tanta gala como los españoles”.<sup>63</sup> Para la entrada del Conde de Salvatierra en 1648, la presencia de los indios había aumentado tanto que había “varias tropas”.<sup>64</sup> Hacia finales del siglo XVII también se incluyó a negros y mulatos. En 1674, la procesión de

<sup>62</sup> La primera vez que se incluyó una *suiza* en la procesión fue para la entrada del primer Marqués de Cañete, en 1556. Sin embargo, no hay mención de que este cuerpo incluyera indios. Aparentemente, la *suiza* del primer Marqués de Cañete se derivó del *Real Exército de Su Magestad* creado en Lima para arrestar y castigar al capitán Francisco Hernández Girón después de su amotinamiento. Véase LCL, v, 23 de mayo de 1556. Estas *suizas* parecen haber seguido el modelo de las tres guardias reales del rey, cuyas secciones española y alemana estaban compuestas por arqueros y la de los cazadores, por hombres de la región de Espinoza; en total eran 340 soldados. Véase LISÓN TOLOSANA, *La imagen del rey*, p. 122.

Al igual que en la ciudad de México, en Lima los indios participaban en las ceremonias oficiales desde las primeras épocas como músicos. Véase LCL, v, 10 de julio de 1556. Sobre México, véase CURCIO-NAGY, *The Great Festivals*.

<sup>63</sup> Véase BROMLEY, “Recibimientos de virreyes”, p. 74. Véase también AHML, lib. III de Cédulas y Provisiones-Segunda Parte (LTCP-SP), “*Relacion de la llegada a estos reynos del Peru del Exmô. Señôr Don Diego Fernandez de Cordova, Marquez de Guadalcazar Virrey Gobernador, y Capitan Genl. y del Recivim<sup>to</sup>. q. le hizo esta muy noble y leal Ciudad de los Reyes*”, f. 508.

<sup>64</sup> MUGABURU, *Chronicle of Colonial Lima*, p. 22.

entrada del Conde de Castellar incluyó seis compañías adicionales, dos de mulatos, dos de negros criollos y dos de negros libres de Guinea.<sup>65</sup> El clero, generalmente ausente de estas procesiones, fue incluido en 1607, cuando el Colegio Real participó por primera vez en la entrada del Marqués de Montesclaros. Esto agregó una considerable presencia religiosa a la ceremonia.

#### LAS MUJERES EN UN ESPACIO DE PODER MASCULINO

Por lo general, las mujeres eran un elemento inconspicuo en la ceremonia de entrada del virrey. A primera vista, el despliegue de poder y lujo de este acontecimiento era un privilegio exclusivamente masculino. Durante la entrada virreinal, como durante la proclamación del rey y las exequias reales, la mayoría de las mujeres eran observadoras pasivas e invisibles, escondidas detrás de las celosías que cubrían las ventanas y balcones de Lima. Pero no todas las mujeres. En 1589 Lima presenció una ceremonia de lo más inusual. El octavo virrey García Hurtado de Mendoza, segundo Marqués de Cañete, fue el primer virrey que llevó a su esposa al Perú.<sup>66</sup> La llegada de la primera virreina constituyó un momento crítico para la sociedad limeña en varios sentidos. Por un lado, reflejó la estabilidad política lograda en el virreinato después de la turbulencia inicial

<sup>65</sup> MUGABURU, *Chronicle of Colonial Lima*, p. 216.

<sup>66</sup> El primer virrey que obtuvo una licencia real para llevar a su esposa al Perú fue el séptimo, Francisco Torres y Portugal, Conde del Villar, en 1585, quien gobernó hasta 1590. Sin embargo, una enfermedad impidió a la virreina acompañar a su esposo a Lima.

del periodo de la conquista.<sup>67</sup> Y por otro, marcó el establecimiento de una nueva vida cortesana desconocida en la ciudad colonial hasta la llegada de la virreina con su gran séquito de damas nobles españolas.<sup>68</sup> No cabe duda de que doña Teresa de Castro y de la Cueva, Marquesa de Cañete, proporcionó a la corte virreinal de Lima un capital cultural sin precedentes. Doña Teresa era hija de Pedro de Castro y Andrade, Conde de Villalba y Lemos y Marqués de Sarriá, y de doña Leonor de la Cueva, hija de Beltrán de la Cueva, primer Duque de Alburquerque y favorito del rey Enrique IV de Castilla (1425-1474). Por la posición social de la virreina y el hecho de que era la primera mujer noble española en honrar a la ciudad con su presencia, el Cabildo decidió recibirla con una entrada pública propia el día antes de la entrada de su esposo como virrey. La entrada de doña Teresa fue una “innovación” en el ritual político.<sup>69</sup> Introdujo, por primera vez, a la esposa del virrey como una figura pública en un espacio de poder hasta entonces

---

<sup>67</sup> Las guerras civiles entre los seguidores de Pizarro y Almagro, que se solucionaron apenas en la década de 1550.

<sup>68</sup> De acuerdo con Inmaculada Rodríguez Moya, desde que se crearon los virreinos del Nuevo Mundo se estableció que los virreyes ocuparían sus puestos sin esposas ni familia. Sin embargo, 22 de los 44 virreyes del Perú tenían esposas y 14 de ellas fueron al Perú, mientras que sólo ocho se quedaron en España durante los gobiernos de sus maridos en ultramar. De estas 22 virreinas, 18 eran nacidas en España, una en Italia, una en Cuba y dos en El Perú. BROMLEY, “Virreinas del Perú”, pp. 64 y 66. Véase también RODRÍGUEZ MOYA, *La mirada del virrey*, pp. 26-27.

<sup>69</sup> J. M. del Río Barredo observa que las entradas triunfales de las reinas en las ciudades españolas comenzaron en 1570 con Ana de Austria. Las crónicas de estas ceremonias parecen darles mayor importancia que a las de los reyes, hasta eclipsarlas. Véase RÍO BARREDO, *Madrid*, pp. 63-65.

exclusivamente masculino.<sup>70</sup> Al llegar a Lima la noticia de que el segundo Marqués de Cañete<sup>71</sup> había sido designado octavo virrey del Perú, la ciudad sucumbió ante una epidemia de viruela y sarampión. Además, el entonces virrey Conde del Villar, estaba viviendo en una casa de madera que le habían construido en el convento de San Francisco, después de que su residencia oficial fuera severamente dañada por el terremoto de 1586, que casi dejó en ruinas a la ciudad. El Marqués y la Marquesa de Cañete partieron de España en marzo de 1598 y llegaron al Callao el 8 de noviembre del mismo año. Cuando doña Teresa desembarcó en El Callao, fue recibida con un saludo militar ejecutado por todos los galeones del puerto y con la música de “ministriles” y trompetas. El mismo ritual se ejecutó después para el virrey.<sup>72</sup>

La entrada de doña Teresa a Lima fue un ritual político de otro tipo, pues subrayó los vínculos familiares y cortesanos. La entrada de la virreina aludía a la función de las mujeres tanto en la familia como en una nueva sociedad colonial, cortesana y “civilizada”.<sup>73</sup> En la procesión de la

<sup>70</sup> A partir de entonces, las virreinas se volvieron un referente central para establecer la moda, pues llevaban las últimas tendencias de Europa a Lima. Lo mismo ocurrió en la Nueva España. Véase RODRÍGUEZ MOYA, *La mirada del virrey*, p. 59.

<sup>71</sup> García Hurtado de Mendoza fue conocido en El Perú como el segundo Marqués de Cañete, pero en realidad fue el cuarto en el linaje del marquesado. El primer Marqués de Cañete que llegó a Lima fue el segundo de la genealogía. Andrés Hurtado de Mendoza fue el tercer virrey y gobernó de 1556-1561.

<sup>72</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo diez de la desembarcacion del virrey y virreina en el Puerto del Callao”.

<sup>73</sup> La participación de las mujeres españolas y de élite en la creación de

virreina participaron las personalidades ilustres de Lima, con la virreina vestida de verde y llevada en una litera roja. A su lado derecho iba el virrey saliente, el Conde del Villar, con su hijo Jerónimo, mientras que al izquierdo iba su hermano, don Beltrán de Castro y de la Cueva, y don Pedro de Córdova y Guzmán. Directamente atrás de la virreina iba la yegua que le ofrecía el Cabildo con silla y manta de terciopelo morado con adornos de plata. La yegua iba escoltada por cuatro criados a pie. Detrás venía otra litera con la camarera mayor de la virreina, doña Ana de Zúñiga, y una de las meninas o damas de honor. Iban seguidas por un coche y un carruaje rojo con tres dueñas de honor,<sup>74</sup> la esposa del secretario del virrey y una larga lista de damas y meninas.<sup>75</sup> Al frente de la procesión iba el mayordomo mayor, el principal criado de la virreina y su caballero mayor. El capitán de la guardia del virrey, seguido por los guardias con la cabeza descubierta en señal de respeto, cerraban la retaguardia.<sup>76</sup> La entrada de la virreina se convirtió en una ceremonia regular en Lima, aunque durante el siglo XVII no todas las virreinas tuvieron una entrada.<sup>77</sup>

una sociedad colonial en El Perú ha sido analizado por LOCKHART, *Spanish Peru*. Sobre la estructura de la ceremonia de entrada de la reina en las ciudades españolas, véase RÍO BARREDO, *Madrid*, p. 67.

<sup>74</sup> Las "dueñas" eran viudas que en el palacio real atendían a las damas de honor.

<sup>75</sup> El séquito de la virreina incluía diez damas y un número no especificado de "criadas".

<sup>76</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, "Capítulo quince de la entrada en esta cibdad y Recibimiento de la Virreina acompañada del Conde del Villar" y BROMLEY, "Recibimientos de virreyes", pp. 54-55.

<sup>77</sup> La Condesa de Chinchón llegó a Lima ya entrada la noche del 19 de abril de 1629. Fue recibida sólo por su esposo, el virrey. La condesa

LA ENTRADA DEL VIRREY  
Y LAS NARRACIONES DE CONQUISTA

Mientras que en la Nueva España la ubicación de la ciudad de México en el centro físico y geográfico del virreinato garantizaba la entrada del virrey a varias ciudades a lo largo de su trayecto tierra adentro para llegar a la capital, pocos virreyes del Perú viajaron más allá del centro del poder colonial, debido a la posición de Lima sobre la costa. Además de las cuestiones geográficas, la carga financiera que representaba la llegada de un nuevo virrey obligaba a la corona a insistir en que los virreyes hicieran el viaje completo de España al Perú por mar, desembarcando en el puerto del Callao, el más cercano a Lima. Pese a estas provisiones, muchos virreyes llegaron a Lima por tierra desde el puerto de Paita, más al norte, deteniéndose en varias ciudades en su camino a la capital.<sup>78</sup> No obstante, la corona

---

había hecho el viaje del puerto norteño de Paita a Lima por tierra y sin el virrey porque estaba muy próxima a dar a luz. La virreina dio a luz en Lambayeque, unas 300 millas al norte de Lima, el 4 de enero, mientras el virrey continuaba al Callao por mar, para entrar a Lima el 14 de enero de 1629. MONTESINOS, *Anales del Perú*, vol. II, p. 240.

<sup>78</sup> Por tierra llegaron los virreyes Blasco Núñez de Vela (1544), Antonio de Mendoza (1551), Andrés Hurtado de Mendoza (1556), Diego López de Zúñiga (1556), Francisco de Toledo (1569), Francisco Torres y Portugal (1585), Luis de Velasco (1596), Gaspar de Zúñiga y Acevedo (1604), Diego Fernández de Córdova (1622), Diego de Benavides y de la Cueva (1661), Baltasar de la Cueva Enríquez (1674), Melchor de Navarra y Rocaful (1681) y Melchor Portocarrero Laso de Vega (1689).

Llegaron a través del Callao los virreyes Martín Enríquez (1581), García Hurtado de Mendoza (1589), Juan de Mendoza y Luna (1607), Francisco de Borja y Aragón (1615), Luis Gerónimo de Cabrera y Bobadilla (1629), Pedro de Toledo y Leyva (1639), García Sarmiento de Sotomayor (1648), Luis Enríquez de Guzmán (1655) y Pedro de Castro (1667).



aconsejaba repetidamente a los virreyes que desembarcaran en El Callao, para evitar a las ciudades y pueblos el gasto que implicaba el recibimiento del virrey y su séquito.<sup>79</sup>

Usar El Callao como punto de entrada al virreinato del Perú recortaba una parte importante del ritual más amplio que era la peregrinación del virrey por sus nuevos dominios. En la Nueva España, la ruta seguida por el virrey desde la costa hasta la ciudad de México era un “viaje ritual”, visto por algunos como una “alegoría política”.<sup>80</sup> Los virreyes de la Nueva España hacían tres entradas públicas antes de llegar a la ciudad de México. La primera, en el puerto de Veracruz, recordaba el desembarco de Cortés y el inicio de la conquista española. Su segunda, en

<sup>79</sup> Se exigía a los pueblos “vestir” los edificios y arreglar los caminos, además de alimentar y alojar a todos los participantes. Para el segundo virrey del Perú, Antonio de Mendoza, se “adoquinaron” los caminos y se “poblaron” los albergues. El gasto recaía sobre los encomenderos de las distintas localidades visitadas por el virrey y su séquito. Al final la carga recaía sobre los indios, que tenían que pagar tributo a los encomenderos. La corona y los virreyes luego cambiaron el punto de llegada al Callao, con el argumento de que esto aligeraría la carga sobre los indios, que eran los más afectados por el largo viaje del virrey a Lima.

En 1604 se esperaba que el virrey Conde de Monterrey llegara a Lima por el puerto cercano del Callao, pero una tormenta inesperada lo obligó a desembarcar en Paita y continuar hacia Lima por tierra. Cuando el cabildo se enteró del cambio de ruta del virrey, tuvo que enviar un conyoy para “arreglar rápidamente los caminos para su viaje”. El cabildo de Lima acabó pagando todas las reparaciones del camino de Paita a Lima. Véase BROMLEY, “Recibimientos de virreyes”, pp. 40, 44 y 61. Véase también LCL, XIV, 28 y 30 de marzo de 1556.

<sup>80</sup> Octavio Paz sostiene que esta fiesta también constituía una liturgia política. Véase PAZ, *Sor Juana Inés de la Cruz*, pp. 193-195. Un argumento similar aparece en VALENZUELA, “De las liturgias del poder”, pp. 575-615.

la ciudad de Tlaxcala, una ciudad estado india, simbolizaba las alianzas de los indios con los conquistadores contra Tenochtitlan, la capital azteca. La tercera, en Puebla, una ciudad fundada por los españoles y rival de la ciudad de México. La entrada final del virrey en la ciudad de México completaba su viaje al centro del reino. Se podría argumentar que con este ritual el virrey atravesaba un gran terreno dentro del cual ejercería sus poderes sobre el virreinato en conjunto, porque todas sus entradas eran altamente significativas en términos históricos. Narraban, mediante actos simbólicos, la conquista española del nuevo territorio.<sup>81</sup> Estos rituales también pueden verse como una "peregrinación" virreinal que ayudaba a definir y volver coherente un territorio por lo demás disperso, para forjarle una identidad colonial y criolla. Con su peregrinación, el virrey formaba una narración histórica coherente del territorio.<sup>82</sup> La peregrinación del poder en México incluía a todos los miembros del cuerpo político: indios, españoles y criollos unidos por el virrey, *alter ego* del rey.

En cambio, en El Perú no había una peregrinación preestablecida para los virreyes, y su llegada por tierra no parece haber tenido la misma importancia simbólica. En consecuencia, para El Perú la conquista española no fue un tema

---

<sup>81</sup> Además, la reunión entre los virreyes entrante y saliente se realizaba en Otumba, donde Cortés había conseguido una victoria importante. Véanse PAZ, *Sor Juana Inés de la Cruz*, p. 195 y RODRÍGUEZ MOYA, *La mirada del virrey*, p. 88.

<sup>82</sup> Sobre el concepto de la peregrinación como un viaje generador de identidad, véase ANDERSON, *Imagined Communities*, p. 53. Anderson retoma este concepto de TURNER, *The Forest of Symbols*. Véase también PAZ, *Sor Juana Inés de la Cruz*, pp. 193-195.

unificador dentro de la construcción de un mito de origen reproducido o actualizado por el recibimiento del virrey. En El Perú no parece haber habido ninguna narración histórica de la conquista entrelazada en los rituales de Estado oficiales. Alejandro Cañeque sostiene que en la Nueva España, la entrada del virrey a muchas ciudades dentro de su avance hacia el centro del poder colonial fue un ritual con un sentido político muy específico que “asimilaba de manera ritual y simbólica” al virrey con el rey ausente.<sup>83</sup> Es muy poco probable que esto mismo haya ocurrido en El Perú. Incluso los virreyes que entraron por el norte lo hicieron por Paita, una bahía ubicada bastante más al sur que el lugar donde desembarcó Pizarro, cerca de Tumbes. Su peregrinación hacia Lima tampoco incluía la antigua capital inca del Cuzco, ubicada tierra adentro, pues la ruta de los virreyes bordeaba la costa del Pacífico.

Pocos virreyes del Perú entraron en las ciudades de provincia con gran pompa y circunstancia. Francisco de Toledo fue uno de los pocos virreyes que visitó las ciudades del interior del virreinato durante el periodo de los Habsburgo. Toledo llegó al Perú con órdenes explícitas tanto de Felipe II como del papa Pío V de realizar una visita general del virreinato. Una de las tareas de Toledo fue la reubicación de los indios en reducciones o pueblos de indios, así como su organización en una fuerza de trabajo eficiente mediante la puesta en marcha de la mita, un sistema laboral rotacional.<sup>84</sup>

<sup>83</sup> Cañeque no da importancia a la figura de Cortés en este ritual, a pesar de su relevancia aparente. CAÑEQUE, “The King’s Living Image”, p. 308.

<sup>84</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 18 de los Acuerdos q. el Virrei tuuo antes de salir de esta çibdad a la vissima genl.”

Después de largas deliberaciones en Lima acerca de quién era la persona más indicada para llevar a cabo exitosamente esta tarea tan difícil, se decidió que Toledo realizaría la visita y supervisaría personalmente la reorganización y empadronamiento masivo de la población indígena del virreinato.<sup>85</sup> Francisco de Toledo salió de Lima hacia Huancavelica, la primera parada en su largo recorrido del virreinato del Perú, el 23 de octubre de 1570.

LA ENTRADA EN LAS CIUDADES PROVINCIALES  
Y SU ESTATUS

Cuando llegaban a ocurrir entradas virreinales en las ciudades provinciales del Perú, éstas trataban de eclipsar la grandeza de las celebraciones de Lima. Esta intención quedó claramente expresada por Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela en su recuento de la entrada de Francisco de Toledo en Potosí en 1572, en el que afirmó que la villa había “aplaudido” la visita del virrey con quince días de celebraciones “costosísimas”, pues “para manifestar su grandeza, la villa no reparó en gastos, y con gran desprendimiento tiró la casa por la ventana”.<sup>86</sup>

<sup>85</sup> Se sostenía que sólo el virrey tenía la autoridad y conocimiento necesarios para completar exitosamente semejante tarea. BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 18”. Este argumento contradice, hasta cierto punto, la afirmación de Tamar Hertzog de que el virrey era desconocido en las provincias. Conocido o desconocido, poseía la autoridad necesaria para realizar grandes proyectos coloniales, como la reubicación masiva de la población indígena. Véase HERTZOG, “La presencia ausente”.

<sup>86</sup> [NT: traducción al español a partir de la traducción al inglés de la autora.] Arzáns también menciona que algunos días después Toledo recibió las noticias de la victoria española en Lepanto y del nacimiento del

Toledo tuvo recibimientos en Huancavelica y Huamanga, pero en El Cuzco obtuvo la ceremonia más majestuosa de su viaje por la sierra.<sup>87</sup> Toledo fue recibido en los límites de la jurisdicción del Cuzco por un alcalde ordinario y un regidor, quienes aseguraron que el virrey encontrara preparado adecuadamente el camino para su viaje hacia la ciudad.<sup>88</sup> Toledo viajaba con un gran séquito de funcionarios coloniales, secretarios, notarios, cronistas, una compañía de

---

príncipe don Fernando, que comunicó a la villa. Las noticias fueron celebradas públicamente con *costosísimas* fiestas que consumieron casi todo el mes de enero. Primera Parte, lib. v, cap. 1, 1572, *De la venida del excelentísimo señor Don Francisco de Toledo, virrey del Perú, a esta villa Imperial de Potosí. De Cómo inventó la famosa fábrica de los ingenios para moler los metales, y las muchas, admirables y provechosas ordenanzas que hizo*, así como cap. II, *Continúa el Virrey la reformatión y nuevas órdenes tan favorables a esta Imperial Villa*. ARZANS DE ORSÚA Y VELA, *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, vol. 1.

Francisco de Toledo entró en Potosí el 23 de noviembre y el cabildo, como era costumbre, lo recibió en las afueras de la villa. Al parecer, Toledo había pedido a la villa que no celebrara su entrada, pero Potosí, al igual que El Cuzco, había querido demostrar su superioridad sobre Lima, con el argumento de que la mina la hacía más rica que la capital y que debía ostentar esta superioridad.

<sup>87</sup> Cuando el virrey Conde de Lemos hizo su entrada triunfal en El Cuzco el miércoles 24 de octubre de 1668, fue recibido por el cabildo, magistrados y regimientos debajo de un palio. La ciudad le entregó, con "la solemnidad acostumbrada", la llave de la ciudad en la puerta del arco construido para la ocasión. El conde permaneció en la ciudad del Cuzco hasta el miércoles 7 de noviembre, cuando partió de regreso a Lima. *Anales del Cuzco, 1600 á 1750*, Lima, 1901, p. 145.

<sup>88</sup> La costumbre establecía que cuando un virrey emprendía un viaje largo, podía enviar antes a un *alcalde de la Audiencia* para asegurar que los caminos fueran transitables y que hubiera suficiente disponibilidad de alimentos y alojamiento sobre la ruta. Véase LATASA VASALLO, *Administración virreinal en el Perú*, p. 26.

lanceros y otra de arcabuceros. Al encontrarse con los funcionarios del Cuzco, Toledo pidió que la ciudad no le preparara una entrada oficial, con el fin de ahorrarle el gasto.<sup>89</sup> La respuesta de la ciudad fue que “dada su posición [del Cuzco] y la condición del gran señor que llegaba de visita [Toledo], como ninguno antes [lo había hecho]”, la ciudad quería ostentar públicamente la llegada del virrey y las expectativas de obsequios y privilegios que esperaba de tan ilustre visita. El Cuzco quería que Toledo “viera por sí mismo” el poder y grandeza de la ciudad, reflejados en el despliegue de lujos para su ceremonia de entrada. Es decir, El Cuzco quería demostrar al virrey que reconocía su importancia, que su majestad representaba “la del rey nuestro señor”.<sup>90</sup> El Cuzco también quería que el virrey entendiera que la ostentación exhibida por la ciudad durante su recibimiento igualaría los favores que la ciudad esperaba obtener de él. Quizás más importante aún, El Cuzco quería demostrar a Toledo su superioridad sobre Lima. La ciudad hizo notar al virrey que conocía la magnificencia de los pasados recibimientos de Lima, ya que poseían una relación escrita de ellas, así como la “extraordinaria” ceremonia de entrada celebrada recientemente para Toledo; la cual consideraba El Cuzco le daba una ventaja a Lima.

Como El Cuzco creía en su superioridad, no podía acceder a la petición del virrey de cancelar la compleja celebración

<sup>89</sup> También es posible que Toledo estuviera acatando las provisiones reales, según las cuales los virreyes sólo podían tener entradas oficiales en Lima y la ciudad de México. Véase BNM, *Provisiones Reales para el Gobierno de Indias*, ff. 1271-1274.

<sup>90</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 22 de el Viaje del virrei hasta El Cuzco y Recibimiento q. se le hizo”.

de su entrada, ni podía permitir que su ceremonia fuera “inferior” al “poder y voluntad” de la entrada celebrada en Lima.<sup>91</sup>

El día anterior a la entrada de Toledo a El Cuzco se organizó un besamanos para que los notables de la ciudad fueran a saludar al virrey en la casa decorada especialmente para su alojamiento, afuera de los límites de la ciudad. Cuzco ofreció un banquete generoso, después del cual Toledo fue llevado a un mirador para presenciar las celebraciones realizadas en su honor en una explanada más abajo. Las festividades comenzaron con cientos de hombres a caballo, vestidos con marlotas (túnicas moriscas) y empuñando lanzas y dagas, que bajaban a todo galope por las colinas. Al encontrarse, desfilaban en pares ante el virrey al son de atabales y trompetas. Después realizaron “escaramuças” y corridas de toros. Cuando estos hombres volvieron a subir a galope por las colinas, bajaron miles de indios con sus reyes incas en la vanguardia. Los incas iban seguidos por sus “provincias” de los Cuatro Suyos (los cuatro dominios incas), cada uno con su bandera y gran cantidad de pendones de distintos colores. Los indios llevaban pecheras y tirantes de oro y plata, y en la cabeza, canipos con muchas plumas.<sup>92</sup> A medida que cada suyo o provincia y cada parcialidad o grupo étnico pasaba ante el virrey, se detenía para presentarle sus respetos y darle la bienvenida con discursos breves. Delante del virrey, cada na-

<sup>91</sup> Toledo también tuvo entradas en Quito, en la villa de La Paz, la Villa Imperial de Potosí, La Plata y Arequipa. El cronista consideró que no valía la pena describirlas porque en su opinión, todas habían copiado la del Cuzco. BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 22”.

<sup>92</sup> Un *canipu* era un disco de plata que llevaban en la frente los nobles incas. D. GONZÁLEZ HOLGUÍN. Sobre las transformaciones coloniales de este tocado, véase DEAN, *Inka Bodies*, pp. 97-121 y 128-140.

ción bailó, hizo justas y peleó batallas demostrativas “a su propio estilo”. Cuando esto acabó, los indios se retiraron como habían llegado. El virrey agradeció a todos con palabras que demostraban “mucho amor” y lamentando que el rey en persona no hubiese estado presente para comprobar personalmente “quan Principales vasallos en aquella çibdad tenia”.<sup>93</sup>

Al día siguiente, la entrada comenzó muy temprano por la mañana, para evitar las lluvias torrenciales de la tarde. La ceremonia incluyó lugares importantes para la primera conquista de la ciudad por Francisco Pizarro, así como arcos que, a diferencia de los construidos en Lima, parecían carecer de simbolismo político. Las ceremonias comenzaron con el desfile de miles de indios hacia un lugar llamado “la Guacauara”, donde supuestamente el inca Atahualpa había peleado con y arrestado a su hermano Huáscar. Al parecer, era el mismo lugar en que “Quizquiz y sus hombres” se habían encontrado con Francisco Pizarro durante su primer viaje al Cuzco y le habían impedido la entrada por tres días. Guacauara estaba ubicada aproximadamente a una legua de la ciudad del Cuzco y, de acuerdo con el cronista, ahí comenzaban los numerosos arcos “vistosos y hermosos” construidos por los indios para el virrey. Los arcos tenían gran colorido por la flora y fauna utilizadas en su manufactura. El cronista señaló con orgullo que la ciudad que podía hacer el mayor alarde de cosas hechas “manualmente” era la que tenía mayor cantidad de indios. El Cuzco tenía una población indígena incalculable, de modo que la diversidad de sus danzas y exhibiciones de inventos eran igualmente numerosos. Uno de estos

<sup>93</sup> BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 22”.



inventos era su atuendo lujoso. De acuerdo con el cronista, los kurakas y principales usaban túnicas y camisas de seda decoradas con oro y plata, mientras que los demás indios usaban *cumbi*, la tela inca fina reservada para las élites, la cual de acuerdo con el *cumbi*, señaló el cronista, era “muy antigua y no menos valiosa que la seda”.

Cuando Toledo llegó a las alturas de “Garmenga”, donde se había colocado aún otro arco “que parecía un tiro de arcabuz”, la ciudad del Cuzco le entregó un espléndido caballo rosillo, con silla y flecos negros rematados con oro y una manta (*telliz*) también negra y dorada. El mayordomo del Cuzco, Pedro Guerrero, ofreció el caballo a Toledo y fungió como su caballero mayor durante la ceremonia. Al parecer, este arco ubicado en las laderas de Carmenga había estado en ruinas y fue revivido para la ceremonia de entrada de Toledo. Estaba en el límite con la parroquia india de Santa Ana, simbolizando la frontera entre El Cuzco inca y el español.<sup>94</sup> Aquí debía hacer el virrey su juramento.

Montado en su nuevo caballo, Toledo avanzó hacia el arco, junto al estrado construido para su juramento. De acuerdo con el cronista, el juramento del virrey en El Cuzco fue inusual y “muy diferente” de los que había hecho en otras ciudades del Perú. Cuando se le preguntó al virrey si juraba defender las preeminencias del Cuzco, respondió: “haré y cumpliré todo lo que entendiere q es servicio de dios y del Rey nro. señor”. Al evadir de este modo la pregunta, el virrey simplemente dijo que haría lo que consideraba correcto de acuerdo con las circunstancias. Es decir,

<sup>94</sup> Véase DEAN, *Inka Bodies*, p. 80.

Toledo no se comprometió a actuar según los derechos y privilegios de la ciudad, como había esperado El Cuzco. No obstante, después de que el cronista de la ciudad registró este acontecimiento, se tocó música y las puertas del arco se abrieron para permitir que Toledo entrara en El Cuzco español. Después de los primeros pasos en la ciudad, Toledo fue recibido por la infantería más “lucida”, con más de 800 soldados, todos vestidos lujosamente y encabezados por su capitán, Joan de Berrio Villavicencio, encomendero de Arapa y vezino (residente español o criollo de una ciudad) del Cuzco. La infantería ejecutó un saludo al virrey y luego comenzó la marcha por las calles de la ciudad.

Toledo entró al Cuzco debajo de un palio. Las calles de la ciudad estaban adornadas con tapicerías y damascos lujosos que formaban un toldo entre los edificios. De acuerdo con el cronista, la procesión avanzaba lentamente, ya que sobre la ruta había tantos indios hombres como mujeres, que resultaba difícil avanzar por las calles. La infantería marchó en la retaguardia, disparando al aire durante todo el trayecto hacia la plaza donde estaba ubicada la catedral. El corregidor llevaba las riendas del caballo de Toledo, mientras que varios regidores sostenían las varas del palio. Como había tanta gente y como Toledo nunca había visto la plaza, decidió darle varias vueltas antes de entrar en la catedral. El cronista insinúa que el virrey quiso hacer esto por la cantidad sorprendente de mujeres que había. Las mujeres solían mirar las ceremonias desde atrás de las celosías que cubrían las ventanas y balcones de la ciudad. Provocado por la presencia femenina en la plaza, Toledo le dio varias vueltas, quitándose el sombrero una y otra vez e inclinando la cabeza en señal de respeto hacia las damas presentes.

Luego llegó a la catedral, desmontó y caminó unos pasos hasta la puerta, donde fue recibido, a falta de un obispo, por los prebendados y capitulares o miembros del consejo del capítulo eclesiástico.<sup>95</sup> Toledo entró a la catedral y escuchó una misa solemne con música y coro. Al dejar la iglesia, montó en su caballo y fue conducido por la misma ruta de llegada hasta la casa donde se alojaría. Antes de que entrara a la casa, la infantería lo saludó disparando al aire, en un arco colocado delante de la puerta principal. El virrey se quitó el sombrero para despedirse y agradeció a la infantería y al cortejo de funcionarios que lo habían acompañado. Sin embargo, antes de entrar a la casa, los representantes de la ciudad, como gesto de deferencia, le pidieron disculpa por la “modesta manifestación” que habían hecho en su honor, comparada con “su muy grande voluntad”. Sin duda trataban de conmovier favorablemente al virrey después de su juramento inesperado. Al parecer, Toledo no respondió, sino que agradeció y entró a la casa.<sup>96</sup>

#### LOS LÍMITES DE LOS PRIVILEGIOS DEL *ALTER EGO* DEL REY

Citando a Séneca, Juan de Solórzano explica que el territorio o provincia de un virrey no era suyo, sino que se le confiaba por un tiempo limitado.<sup>97</sup> Por lo tanto, los pode-

<sup>95</sup> Para una discusión sobre los aspectos religiosos importantes de la entrada virreinal, véase OSORIO, “Inventing Lima”, cap. 3.

<sup>96</sup> La casa utilizada para la estancia de Toledo en El Cuzco pertenecía a la viuda de un antiguo encomendero de los aimará. Después de la entrada de Toledo, El Cuzco continuó las celebraciones durante quince días. BNM, *Yndias de Birreyes*, “Capítulo 22”.

<sup>97</sup> SOLÓRZANO Y PEREYRA, *Política indiana*, lib. V, cap. XII, n. 45.

res del virrey eran temporales y dependían de la voluntad del rey.<sup>98</sup> No obstante, éste solía referirse al virrey como su *alter ego*, que como tal, compartía una serie de privilegios reservados para el monarca. Uno de ellos era la entrada del virrey a la ciudad y las ceremonias que la envolvían, en las que participaban los más altos funcionarios. Dentro del ritual de la entrada, quizás el privilegio más codiciado era el derecho a entrar a la ciudad debajo de un palio. Sólo el rey, el Sagrado Sacramento y, durante un tiempo limitado, los arzobispos, gozaron de este privilegio.

La entrada era un ritual importante para la legitimación del virrey, pues el ceremonial con todos los elementos que connotaban majestad servía para establecer la autoridad del virrey. Esto fue evidente en Lima cuando se designó al primer virrey, Blasco Núñez de Vela (1544-1546), enviado al Perú a poner en práctica las controvertidas Nuevas Leyes, que prohibían el servicio personal o encomienda. Pese a la animosidad generalizada en Lima contra el virrey —ya que ciertos sectores poderosos de la sociedad colonial se oponían a la eliminación de la encomienda—, el cabildo discutió mucho si celebrar o no la llegada del virrey con una entrada suntuosa. Finalmente, se decidió que lo apropiado y justo para el nuevo virrey era ser recibido en la ciudad con una entrada lujosa, incluido el palio. El cabildo percibía la importancia política del recibimiento, pues debía dejar abierta la posibilidad de negociar o llegar a un “pacto” con el nuevo virrey.<sup>99</sup>

<sup>98</sup> SOJORZANO Y PEREYRA, *Política indiana*, lib. V, cap. XII, n. 47.

<sup>99</sup> Véase FERNÁNDEZ (El Palentino), *Historia del Perú*, vol. 164, parte II, cap. III.

El derecho del virrey a entrar debajo de un palio tuvo cambios frecuentes y a veces, contradictorios durante los siglos XVI-XVII. Cuando el rey anunciaba la designación de un nuevo virrey, aconsejaba a los funcionarios coloniales obedecer sus órdenes como si se tratara de él mismo o como a persona “que representa la mía”.<sup>100</sup> Sin embargo, en una carta a Felipe II escrita en 1572, Francisco de Toledo observó que en El Perú no sólo el virrey usaba el palio y las insignias reales para la entrada a Lima, sino también los “gobernadores” al llegar a los pueblos de sus distritos.<sup>101</sup> En su respuesta, Felipe II explicó que “como estas ceremonias e insignias reales pertenecen sólo a la persona real, no deben ser usadas por los gobernadores *aunque sean virreyes*”.<sup>102</sup>

Posteriormente, en una carta al virrey príncipe de Esquilache, Felipe III señaló que, según tenía entendido, aunque los gobernadores del Perú se habían abstenido de usar el palio y otras insignias para entrar a sus pueblos, los virreyes habían hecho caso omiso a la prohibición de su padre y los seguían usando de manera no autorizada. El rey agregó que si bien la provisión real sólo autorizaba a los virreyes a tener entradas en Lima y la ciudad de México, éstos parecían seguir usando la ceremonia, incluido el palio, cada vez

<sup>100</sup> AHML, lib. I de Cédulas y Provisiones, *Cedula de S. M., 24 de Septiembre 1680, dandole aviso ala ciudad de haber proveido por Virrey al Duque de la Palata*, f. 73.

<sup>101</sup> BNM, *Provisiones Reales para el Gobierno de las Indias*, f. 1271.

<sup>102</sup> Las cursivas finales son mías. La carta del rey al virrey Toledo estaba fechada el 1º de diciembre de 1573. Brahm, Colección Mata Linares, 4294, f. 382. Solórzano cita una carta fechada en 1571, que contiene esencialmente el mismo texto. Véase SOLÓRZANO Y PEREYRA, *Política indiana*, lib. V, cap. XII, n. 48.

que visitaban otros lugares de su jurisdicción. Como el costo de las ceremonias de entrada era muy elevado, el rey argumentaba que esta práctica había puesto una carga financiera indebida sobre los moradores de esos lugares. Por lo tanto, tras consultar con sus consejeros, Felipe III decretó que “ningún virrey de México o El Perú ‘debía’ ser recibido debajo de un palio. El rey ordenaba a los virreyes ‘rechazar’ el palio cuando las ciudades insistieran en usarlo, porque su uso debía reservarse exclusivamente para el rey”.<sup>103</sup> Felipe III también prohibió a los virreyes y su cortejo aceptar o pedir alimentos u otros obsequios a la gente de los pueblos, villas y aldeas que visitaran durante su camino a las cortes virreinales.<sup>104</sup> También prohibió a las ciudades gastar fondos públicos o privados en la entrada del virrey o en su alojamiento. En el caso del Perú, la única excepción fue Lima, a la que el rey autorizó el 2 de agosto de 1614 gastar hasta 12000 pesos para la entrada del virrey. El rey también mencionó un decreto fechado el 28 de agosto de 1608 y enviado al virrey de Montesclaros, en el que prohibía a los arzobispos y prelados eclesiásticos entrar a Lima debajo de un palio e insistía en que este emblema sólo debía utilizarse con la persona real.<sup>105</sup> De acuerdo con Solór-

<sup>103</sup> BNM, *Provisiones Reales para el Gobierno de Indias*, carta fechada en Madrid, 28 de diciembre de 1619, ff. 1271-1272.

<sup>104</sup> Véase *Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias (1681)*, lib. III, tít. III, ley xxij, “Que los Virreyes, ni sus criados no reciban cosa alguna en el viaje”. Felipe III, Madrid, 28 de diciembre de 1619 y 7 de junio de 1620.

<sup>105</sup> El decreto real original en el que se autorizaba al virrey usar el palio se firmó en Toledo el 2 de junio de 1596. SOLÓRZANO Y PEREYRA, *Política indiana*, lib. V, cap. XII, n. 48.

zано, el uso del palio se restableció en las Indias en 1632.<sup>106</sup> Juan Bromley cita un decreto real firmado en Madrid el 11 de abril de 1639 en el que se restablece el uso del palio en Lima. El rey reconoce en su decreto que el uso del palio, emblema asociado tan cerca con su persona real, tenía efectos positivos para el buen gobierno de sus provincias, pues infundía sobre el virrey su autoridad al “representar tan inmediatamente mi persona”.<sup>107</sup>

Las prohibiciones del rey eran difíciles de acatar porque el cabildo consideraba que el uso del palio era un derecho que había adquirido al fundarse la ciudad. El cabildo también lo veía como un distintivo esencial de su propia autoridad —generada, en parte, por asociación con la del monarca—, y necesaria para que los indios y criollos (españoles nacidos en América) “entendieran la majestad del rey”. Por lo tanto, el cabildo decidió hacer caso omiso de la prohibición real y encargó un dosel muy decorado y lujoso para la ceremonia.<sup>108</sup> Entre 1544-1639, doce de quince virreyes entraron a Lima debajo de un palio.

---

Felipe III aclaraba que en su decreto de 1608, aunque había prohibido a los arzobispos usar el “palio”, lo había autorizado para los virreyes, pero que este nuevo decreto anulaba esa cláusula. BNM, *Provisiones Reales para el Gobierno de Indias, Madrid, 28 diciembre, 1619*, ff. 1271-1274. Sobre la prohibición del uso del “palio” para los arzobispos, véase AHML, LTCP-SP, *Cedula para que los Arçobispos no sean recibidos con Palio*, decreto real del 29 de agosto de 1608, f. 442. Véase también *Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias (1681)*, lib. IV, título XV, ley iiij, *Que ningun prelado sea recibido con palio*.

<sup>106</sup> Durante el siglo XVII no se usó “palio” en las entradas del Marqués de Guadalcazar (1622) ni del Conde de Chinchón (1629). Se restableció en 1639 para la entrada del Marqués de Mancera.

<sup>107</sup> J. BROMLEY, “Recibimientos de virreyes”, p. 25.

<sup>108</sup> LCL, IX, 28 de abril de 1581.

EL FINANCIAMIENTO DE LA ENTRADA VIRREINAL  
Y EL HONOR DE LA CIUDAD

A pesar de las provisiones reales sobre las entradas virreinales, que siempre notaban los enormes gastos en los que incurrían las ciudades y los participantes, la corona parecía incapaz de erradicar estas prácticas. El protocolo barroco requería que las ceremonias públicas fueran ostentosas porque estaban en juego el poder y estatus de la ciudad y sus moradores. No obstante la corona intentó repetidamente regular los gastos en que incurrían tanto la ciudad como los súbditos para su realización. En 1619, aunque el rey había decretado que el costo de la entrada virreinal a Lima no debía exceder los 12 000 pesos (mientras que la cantidad autorizada para la ciudad de México fue de sólo 8 000 pesos), la ciudad excedió como siempre esta cantidad. Los miembros del cabildo solían completar la diferencia de sus propios bolsillos.<sup>109</sup>

La diferencia entre los dos límites de gasto autorizados por la corona, al igual que el salario más elevado concedido a los virreyes del Perú, se ha interpretado generalmente como una compensación por lo remoto del destino, por la dificultad del trabajo e incluso por el costo más elevado de la vida en la ciudad más lejana. Sin embargo, estas diferen-

<sup>109</sup> AHML, lib. I de Cédulas y Provisiones, *Cedula de Smd, 24 de septiembre 1680, en q. se manda a esta ciudad no pase el gasto que hace en las entradas de los señores virreyes, de 12 000 pesos (1680)*, f. 53v. Véase también *Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias (1681)*, lib. III, tít. III, ley XIX, *Que los virreyes no usen de la ceremonia del palio en sus recibimientos: y en el Peru se puedan gastar hasta doze mil pesos: y en el de Nueva España hasta ocho mil.*



cias también podrían interpretarse como una forma de capital simbólico y como reflejo del mayor estatus de Lima en relación con las otras ciudades del virreinato y del imperio. Durante el siglo XVII, el cabildo de Lima era más rico que el de México debido a que toda la plata de Potosí pasaba por la ciudad en ruta a España —este hecho, así como el poder económico de los comerciantes de la ciudad, se manifestaba en la magnífica abundancia de lingotes de plata que pavimentaban las calles alrededor de los arcos para dar la bienvenida al virrey.<sup>110</sup> La ausencia de un Juzgado de Indios y de un corregidor indio en la ciudad también revela el estatus diferente de Lima dentro del imperio, así como los poderes de su cabildo y Audiencia.<sup>111</sup>

El cabildo de Lima también consideraba su derecho a gastar lo que juzgara necesario para montar una entrada acorde con el protocolo barroco. Este derecho está expresado claramente en los argumentos planteados ya desde 1556 por un miembro del cabildo, cuando Lima se enteró que de camino a la capital, el segundo Marqués de Cañete había hecho una entrada solemne en la ciudad provincial de Trujillo. En esa época, Lima estaba muy endeudada y el cabildo debatió intensamente sobre el tipo de ceremonia que, en términos reales, se podía ofrecer para la entrada del marqués.<sup>112</sup> Sin embargo, cuando el cabildo supo de la ceremonia celebrada por la ciudad de Trujillo en honor del virrey, decidió montar la entrada más suntuosa posible.<sup>113</sup>

<sup>110</sup> Véase MARKS, "Power and Authority". Véase también SUÁREZ, *Desafíos transatlánticos*.

<sup>111</sup> LOHMANN VILLENA, "El corregidor de Lima", pp. 153-180.

<sup>112</sup> LCL, v, 24 de marzo y 15 de junio de 1556.

<sup>113</sup> La ciudad expresó su preocupación de que si no había ceremonia

De acuerdo con el cabildo de Lima, no hacerlo habría socavado la reputación y el honor de la ciudad, con lo que habría perdido autoridad ante las otras ciudades del virreinato, además de que habría sido un insulto para el virrey. Para la entrada del virrey Martín Enríquez en 1581, Lima no tenía la provisión real requerida para gastar dinero en la ceremonia. De acuerdo con los registros del cabildo, Juan Cortés, el procurador de Lima, había obtenido un decreto real en Madrid que prohibía a la ciudad gastar dinero en la entrada, pero los miembros del cabildo alegaron que la medida se había obtenido “con una intención siniestra” y decidieron suplicar al rey que la revocara.<sup>114</sup> Mientras la súplica iba camino a España, el cabildo financió la entrada con ingresos fiscales, confiando en que el rey accedería a su petición. No obstante, los miembros del cabildo acordaron de antemano que, en caso de que se les negara lo pedido, financiarían la ceremonia con sus propios salarios.<sup>115</sup> A medida que avanzó el siglo XVII y que el ceremonial se volvió cada vez más ostentoso y grandilocuente, los miembros del cabildo incurrieron en deudas cada vez mayores para financiarlo.<sup>116</sup>

---

para marcar la entrada del virrey, en el futuro éste no se sentiría inclinado a respetar y honrar de buena voluntad los derechos, privilegios y necesidades del cabildo. Éste decidió pagar las ceremonias con los fondos privados de sus miembros. *LCL*, v, 15 de abril de 1556.

<sup>114</sup> *LCL*, ix, 28 de abril de 1581. Véanse también los argumentos del alcalde ordinario Juan Maldonado de Buendía en la sesión del 2 de mayo de 1581.

<sup>115</sup> BROMLEY, “Recibimientos de virreyes”, p. 51. Véase también *LCL*, ix, 21, 26 y 28 de abril y 2 de mayo de 1581.

<sup>116</sup> Para la entrada del siguiente virrey, el Conde del Villar Dom Pardo (1585-1589), el cabildo de la ciudad, lejos de financiar la ceremonia y el

Lima desafió repetidamente las provisiones reales que limitaban las sumas de dinero que la ciudad podía gastar en la entrada virreinal. Esto se debió, en parte, al hecho de que la identidad que la ciudad proyectaba hacia las ciudades del interior estaba asociada directamente con su habilidad para demostrar (exhibir) su riqueza y privilegios en estas ceremonias. Esto quedó claro con los argumentos expuestos por los miembros del cabildo en una sesión de 1604, en la que discutieron un decreto real obtenido en Madrid por el procurador general Martín de Ampuero, que limitaba el gasto permitido para el recibimiento del virrey a 4 000 ducados. La ciudad rechazó la suma autorizada por el rey por considerarla insuficiente, pues no cubría ni un tercio de lo requerido para montar una ceremonia apropiada. El cabildo acordó apelar al virrey y a la Audiencia en busca de una autorización para gastar más en el recibimiento del Conde de Monterrey.<sup>117</sup>

El procurador general de Lima, Hernán Carrillo de Córdoba, obtuvo de la Audiencia una autorización para gastar en la entrada del conde a la ciudad lo mismo que habían costado los recibimientos de los virreyes anteriores.<sup>118</sup> A partir de esta autorización, el cabildo necesitó tiempo para encontrar fondos adicionales. Debido a que no habían cobrado sus salarios desde hacía varios meses,

---

banquete acostumbrado en honor del virrey y su séquito la noche antes de la entrada formal, acordó nuevamente cubrir la entrada con sus propios salarios en caso de que los fondos públicos no alcanzaran para todos los gastos. BROMLEY, "Recibimientos de virreyes", p. 52. Véase también *LCL*, x, 30 de abril de 1585.

<sup>117</sup> *LCL*, XIV, 4 de marzo de 1604.

<sup>118</sup> La Audiencia también decidió informar al rey sobre su autorización, para que pudiera ajustar su decisión. *LCL*, XIV, 18 y 22 de marzo de 1604.

los miembros del cabildo no podían financiar la entrada con fondos propios. Después de sopesar cuidadosamente las distintas opciones, decidieron hipotecar propiedades públicas para tomar prestados 7000 pesos.<sup>119</sup> El cabildo también acordó que si este monto resultaba insuficiente, pediría al virrey que le permitiera obtener fondos adicionales de las cajas de comunidad de los indios.<sup>120</sup>

Una vez asegurados los fondos adicionales, el cabildo comenzó la ardua tarea de reunir todos los elementos necesarios para la entrada del Conde de Monterrey. Primero, necesitaba adquirir las telas para los atuendos ceremoniales de los miembros. El cabildo encargó a Francisco de Mansilla Marroquí y Francisco de León, conseguir terciopelo a precios razonables. Como la ciudad intentó inicialmente comprar las telas de fiado, los comerciantes le cobraron precios exorbitantes, aunque aparentemente, también había escasez de terciopelo. Todo esto de acuerdo con Mansilla, aumentaba los precios debido a que los comerciantes tenían poco para vender. Finalmente, el cabildo no pudo comprar la tela a crédito a un precio razonable<sup>121</sup> y Mansi-

<sup>119</sup> *LCL*, XIV, 8 de abril de 1604.

<sup>120</sup> *LCL*, XIV, 22 de marzo de 1604. El virrey Luis de Velasco autorizó que el cabildo usara los bienes de comunidad de los indios para financiar la ceremonia si el censo resultaba insuficiente. Véase *LCL*, XIV, 30 de marzo de 1604.

<sup>121</sup> La escasez de las telas europeas requeridas para estas ceremonias era común en la Lima colonial. Muchas de estas escaseces eran creadas artificialmente por los comerciantes, que veían estas ocasiones como oportunidades para aumentar los precios. Sin embargo, para la entrada de Francisco de Toledo, un cronista observó que la ciudad esperaba ansiosamente su llegada porque su barco contenía el primer cargamento de terciopelos y satines de los últimos tres años.

lla pidió un adelanto en efectivo. El cabildo autorizó un total de 4 800 pesos para ropones y el palio.<sup>122</sup>

#### CONCLUSIONES

La entrada virreinal en Lima constituyó una ceremonia importante para establecer la autoridad del nuevo virrey dentro del virreinato, en particular, en el centro del poder colonial. La entrada introducía al nuevo gobernante tanto a las élites locales como a los súbditos del rey, al tiempo que envolvía su cuerpo con referencias directas a la majestad y poder del rey. La magnificencia de la ceremonia de entrada también ofrecía a Lima la oportunidad de acumular un capital simbólico y exhibir su poder y riqueza como ciudad más principal del virreinato. Como pocos virreyes visitaban otras ciudades, su entrada a Lima ofrecía una oportunidad única para construir y reafirmar su identidad como la más poderosa —identidad que se subrayaba con otras ceremonias oficiales, como la proclamación del rey y las exequias reales. Cuando llegaban a ocurrir entradas en ciudades provinciales, éstas trataban de eclipsar los despliegues de riqueza y magnificencia de Lima. El caso más notable era El Cuzco, que como antiguo centro del imperio inca trataba una y otra vez de superar y desplazar a Lima. Aunque El Cuzco tenía noblezas inca y española, decenas de miles de indios carecían del capital cultural que generaba la residencia de la más alta élite colonial en Lima. Desde la llegada del primer virrey, El Cuzco quedó excluido de lo que en la Nueva España era un viaje ritual significativo

<sup>122</sup> LCL, XIV, 8 de abril y 12 de mayo de 1604.

para la creación de una narrativa del poder imperial español. El viaje del virrey de España al centro del virreinato del Perú no incluía al Cuzco, que por razones geográficas y de transporte se realizaba por la costa peruana. La ausencia del Cuzco del ceremonial relacionado con la llegada de un nuevo virrey resultaba aún más evidente cuando éste desembarcaba en El Callao, pues Lima se convertía en el centro ceremonial del poder colonial, y único referente de los rituales virreinales y reales. La narración generada por la llegada del virrey sugiere otro tipo de legitimación para este primer centro moderno del poder colonial. Como se sugiere en otra parte, la legitimación de Lima no se basaba en raíces ancestrales “históricas” y profundas, como tenía la ciudad de México por haber sido el centro del poder azteca, sino que se fundaba en una tradición “inventada” y de reciente creación, forjada por circunstancias temporales y espaciales.<sup>123</sup>

Pese a las numerosas provisiones reales que regulaban el ritual barroco, Lima solía actuar de manera independiente con tal de conservar su reputación como un magnífico centro ceremonial. Los virreyes solían aprobar las peticiones del cabildo de fondos adicionales para financiar la ceremonia con el estilo más adecuado, pues entendían la importancia del ritual para legitimar la autoridad colonial. La independencia ceremonial de Lima se reflejaba en las magníficas entradas, en los funerales montados para los virreyes y en el uso del palio a pesar de las prohibiciones reales.<sup>124</sup>

---

<sup>123</sup> OSORIO, “Inventing Lima”.

<sup>124</sup> Sobre los funerales del virrey en Lima, véase OSORIO, “Inventing Lima”, cap. 3.

En su obra *The First America*, David Brading sostiene que

los patriotas peruanos no ofrecieron ningún concepto o símbolo que hubiese servido para expresar la identidad común del Imperio andino; en cambio, su lealtad se centró en cada capital provincial: *Lima no gozaba de mayor consideración que Potosí, Chuquisaca, Cuzco o Quito*.<sup>125</sup>

No obstante, el deseo arraigado en ciudades como El Cuzco de superar la magnificencia de las ceremonias públicas de Lima, refleja la superioridad de ésta en posición y poder. Durante el siglo XVII, el despliegue de riquezas fue testimonio de la fuerza y poder de la ciudad, no una “petrificación de la vida institucional” ni “poco más que una colección de anécdotas pintorescas, conflictos jurisdiccionales y cuestiones de etiqueta [que] absorbían la vida de jueces y virreyes”.<sup>126</sup> De acuerdo con Brading,

Lima siguió siendo la capital y obteniendo su riqueza y su sostén de una vasta sierra que sus gobernantes rara vez o nunca visitaban, testimonio permanente y causa parcial de la profunda fisura en la historia peruana que separó el reino de los Habsburgo de su predecesor indígena [los incas].<sup>127</sup>

Aunque es cierto que pocos virreyes visitaron el interior del virreinato, el rey y su “presencia” se percibían más allá de Lima durante la celebración de las ceremonias reales, como las proclamaciones y las exequias, y de los ri-

<sup>125</sup> Las cursivas son mías. BRADING, *The First America*, p. 3.

<sup>126</sup> HARING, *The Spanish Empire in America*, p. 76.

<sup>127</sup> BRADING, *The First America*, p. 138.

tuales asociados con la llegada de un nuevo virrey.<sup>128</sup> Así, la figura del virrey y las ceremonias que rodeaban su persona y autoridad eran sólo una de las muchas imágenes de poder proyectadas por el estado colonial en la construcción de una nueva cultura política barroca. Estos ejemplos sugieren que la proyección del poder colonial en El Perú se lograba mediante una cultura colonial barroca que dependía más del simulacro que de los “cuerpos” físicos del poder, exhibidos en las ceremonias oficiales de la Nueva España. Esto se debió, en parte, a que Lima (y, por extensión, El Perú) se consolidó como espacio cultural colonial después de que ese proceso ya había concluido en la Nueva España y cuando el imperio español ya había entrado en una etapa política más madura, con el reinado de Felipe II.<sup>129</sup> El uso de los simulacros en Lima y El Perú también revela nuevas soluciones al desafío que representaron para el gobierno imperial, la nueva geografía del poder y las coyunturas históricas de este virreinato tan remoto.<sup>130</sup>

Esta nueva realidad se refleja en la estructura política del virreinato del Perú y en la ceremonia de entrada del virrey. De acuerdo con Roy Strong, para el siglo XVII las entradas reales en Europa se habían convertido en rituales que anulaban cualquier posibilidad de diálogo entre los distintos grupos sociales de la ciudad y su gobernante. Cañeque

<sup>128</sup> Las “fisuras” identificadas por Brading parecen reflejar las interpretaciones de los siglos XIX y XX de la capital colonial y no la realidad contemporánea de Lima. Véase OSORIO, “Inventing Lima: The Making of an Imperial Capital, 1535-1710”, manuscrito, cap. 1.

<sup>129</sup> Véase PAGDEN, *Lords of All the World*, pp. 63-102.

<sup>130</sup> PÉREZ SAMPER, “El rey ausente”, sugiere algo similar para el caso de Europa.



también ha sugerido que en la ciudad de México la entrada virreinal, como ritual que enfatizaba el poder político, no necesitaba incluir a los miembros de los rangos inferiores de la sociedad, que no ejercían tales poderes. En Lima, en cambio, sucedía algo distinto con estos dos temas. Al igual que en la Nueva España, ocurría un diálogo simbólico entre la ciudad y el virrey mediante las viñetas que decoraban los arcos efímeros construidos por el cabildo específicamente para la entrada virreinal. La ciudad expresaba en estos arcos sus preocupaciones y lo que esperaba del nuevo gobernante. Sin embargo, en Lima la procesión de entrada del virrey parece haber implicado una declaración distinta acerca del gobierno, pues se fueron integrando al ritual indios, negros, mestizos, clérigos e incluso mujeres. Como cuerpo político, el ritual limeño incluía no sólo a los que gobernaban o “ejercían” poder, sino también a los gobernados. Los mensajes políticos grabados en los arcos que ofrecía Lima al virrey y la ausencia de éstos en los arcos del Cuzco, revelan algunas diferencias importantes que quizás reflejen la posición de las dos ciudades (y, por lo tanto, de sus ciudadanos) dentro de la jerarquía del poder colonial. Vale la pena observar que mientras las inscripciones en los arcos limeños se referían a las preocupaciones y coyunturas políticas “reales” de la ciudad, las de los arcos del Cuzco parecen representar simplemente la “naturaleza” de su población india. También había algunas diferencias importantes en el contenido político de las ceremonias de entrada celebradas en estas dos ciudades. La procesión de entrada a Lima reflejaba la jerarquía y sociedad coloniales que el virrey llegaba a gobernar, incluidos indios, mujeres y mulatos como parte del cuerpo social. En las festividades realizadas

en honor del virrey en El Cuzco, los indios se vestían con túnicas parecidas a las que usaban los musulmanes en España, en una representación de los pueblos conquistados.

La asimilación simbólica entre el rey y el virrey también fue algo distinta entre El Perú del siglo XVII y la Nueva España, pues en Lima estas dos figuras nunca coincidieron en público durante la proclamación del rey. Esta diferencia importante se puede explicar en términos espaciales o, más bien, “político-espaciales”. A medida que la justicia y el poder político se alejaban —en términos geográficos—, su representación se volvía también más “abstracta”. El virreinato del Perú no sólo estaba más lejos de la metrópoli, sino que era territorialmente mucho más grande que cualquier otro reino de las Indias. El Perú también tenía una división política particular, con presidencias y sólo una capitanía.<sup>131</sup> Además, la configuración geográfica del Perú, en particular la ubicación costera de su capital colonial, le proporcionó a Lima ciertas ventajas tanto políticas como ceremoniales. Por último, la magnificencia desplegada en las entradas virreinales de la Lima del siglo XVII reflejaba el poder de la corona,<sup>132</sup> pero también la posición de Lima como la ciudad “más principal” del virreinato. Lima era la espléndida Cabecera del Perú.

Traducción de LUCRECIA ORENSANZ

<sup>131</sup> El caso de la Nueva España era exactamente el contrario, con una presidencia y todas las demás capitanías, reflejo del periodo de “conquista” del Nuevo Mundo dentro del cual se creó y consolidó. Véase HARING, *The Spanish Empire*, p. 90.

<sup>132</sup> SMUTS, “Public Ceremony and Royal Charisma”, pp. 65-93.

## SIGLAS Y REFERENCIAS

- AHML Archivo Histórico Municipal de Lima (Libro Tercero de Cédulas y Provisiones-Segunda Parte LTCP-SP), El Perú.
- BNM Biblioteca Nacional de Madrid (*Yndias de Birreyes y gobernadores del Perú y Provisiones Reales para el Gobierno de Indias*), España.
- BRAHM Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Madrid, España
- LCL *Libros de Cabildos de Lima*

*Anales del Cuzco*

*Anales del Cuzco, 1600 á 1750*, Lima, Imprenta de "El Estado" — Rifa no. 58, 1901.

## ANDERSON, Benedict

*Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso, 1992.

## ARZÁNS de ORSÚA y VELA, Bartolomé

*Historia de la Villa Imperial de Potosí* (editado por Lewis Hanke y Gunnar Mendoza), Providencia, Brown University Press, 1965.

## BEIER, A. L., David CANNADINE y James M. ROSENHEIM

*The First Modern Society. Essays in English History in Honor of Lawrence Stone*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

## BRADING, David A.

*The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

## BROMLEY, Juan

"Recibimientos de virreyes en Lima", en *Revista Histórica* (Lima), XX (1953), pp. 42-43.

"Virreinas del Perú", en *Revista Histórica* (Lima), XXIII (1957-1958).

BROMLEY, Juan y José BARBAGELATA

*Evolución urbana de Lima*, Lima, Tallers Gráficos de la Editorial Lumen, 1945.

BRYANT, Lawrence McBride

*The King and the City in the Parisian Royal Entry Ceremony: Politics, Ritual, and Art in the Renaissance*, Ginebra, Librairie Droz, 1986.

CANEQUE, Alejandro

"The King's Living Image: The Culture and Politics of Viceregal Power in Seventeenth-Century New Spain", tesis de doctorado en historia, Nueva York, New York University, 1999.

CERTEAU, Michel de

*The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press, 1988.

COVARRUBIAS HOROZCO, Sebastián de

*Tesoro de la lengua castellana o española. Según la impresión de 1611 con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en las de 1674*, Barcelona, S. A. Horta I. E., 1943.

CRUZ DE AMENABAR, Isabel

*La fiesta: metamorfosis de lo cotidiano*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995.

CURCIO-NAGY, Linda A.

*The Great Festivals of Colonial Mexico City. Performing Power and Identity*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2004.

DEAN, Carolyn

*Inka Bodies and the Body of Christ. Corpus Christi in Colonial Cuzco, Peru*, Duke, Duke University Press, 1999.

ERASMO

*The Education of a Christian Prince*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997 [*Educación del príncipe cristiano*, traducción de Pedro Jiménez Guijarro y Ana Martín, Madrid, 1996].

FERNÁNDEZ, Diego (El Palentino)

*Historia del Perú*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles. Crónicas del Perú, t. CLXV, 2 vols., 1963.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo (ed.)

*Monarquía, imperio y pueblos en la España moderna*, Alicante, Universidad de Alicante, 1997.

GONZÁLEZ HOLGUÍN, Diego

*Vocabulario de la Lengva General de todo el Peru Llamada Lengua Qquichua o del Inca*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1952.

HARING, Clarence Henry

*The Spanish Empire in America*, Oxford, Oxford University Press, 1947.

HERTZOG, Tamar

“La presencia ausente: el virrey desde la perspectiva de las elites locales (Audiencia de Quito, 1670-1747)”, en Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO (ed.), *Monarquía, imperio y pueblos en la España moderna*, Alicante, Universidad de Alicante, 1997, pp. 819-826.

JUAN, Jorge y Antonio de ULLOA

*A Voyage to South America* (The John Adams Translation [Abridged], Introduction by Irving A. Leonard), Nueva York, Alfred A. Knopf, 1964 [*Viaje a la América Meridional*, Andrés Samuell Lladó (ed.), Madrid, 2002].

LATASA VASALLO, Pilar

*Administración virreinal en el Perú: gobierno del Marqués de Montesclaros (1607-1615)*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1997.

LECHNER, J. [ESTE AUTOR NO APARECE CON NOMBRE SÓLO SU INICIAL]

“El concepto de ‘policía’ y su presencia en la obra de los primeros historiadores de Indias”, en *Revista de Indias*, 41:163-166 (1981), pp. 395-409.

LISÓN TOLOSANA, Carmelo

*La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la casa de los Austrias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

LOCKHART, James

*Spanish Peru, 1532-1560. A Colonial Society*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1968.

LOHMANN VILLENA, Guillermo

“El corregidor de Lima. Estudio histórico-jurídico”, en *Revista Histórica*, xx (1953), pp. 153-180.

LÓPEZ, Diego

*Declaración magistral de los emblemas de Alciato*, 1610.

MARKS, Patricia H.

“Power and Authority in Late Colonial Peru. Viceroys, Merchants, and the Military, 1775-1821”, tesis de doctorado en historia, Princeton University, 2003.

MARTIN, Luis

*Daughters of the Conquistadores: Women of the Viceroyalty of Peru*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1983.

MONTESINOS, Fernando de

*Anales del Perú*, Madrid, 1906.

MORALES FOLGUERA, José Miguel

“Los programas iconográficos en las entradas de virreyes en México”, en *Actas del XVIII Congreso Nacional de Historia del Arte*, Mérida, II, 1991, pp. 745-749

MUGABURU, Josephe

*Chronicle of Colonial Lima. The Diary of Josephe and Francisco Mugaburu, 1640-1697*, Norman, University of Oklahoma Press, 1975.

OSORIO, Alejandra B.

"Inventing Lima: The Making of an Early Modern Colonial Capital City, ca. 1540-1640", tesis de doctorado en historia, State University of New York en Stony Brook, 2001.

"The King in Lima: Simulacra, Ritual, and Rule in Seventeenth-Century Peru", en *The Hispanic American Historical Review*, 84:3 (ago. 2004), pp. 447-474.

PAGDEN, Anthony

*Lords of All the World. Ideologies of Empire in Spain, Britain, and France ca. 1500-1800*, New Haven, Yale University Press, 1995.

PAZ, Octavio

*Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

PÉREZ SAMPER, M. A.

"El rey ausente", en FERNÁNDEZ ALBALADEJO (ed.), 1997, pp. 819-826.

PÉRISSAT, Karine

*La fête des rois (XVI<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles). Hispanité et américanité dans les cérémonies royales*, París, L'Harmattan, 2002.

RAMA, Ángel

*The Lettered City*, Durham, Duke University Press, 1993.

RAMOS SOSA, Rafael

*Arte festivo en Lima virreinal (siglos XVI-XVII)*, Sevilla, Junta de Andalucía, 1992.

*Recopilación*

*Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias (1681)*.

RÍO BARREDO, María José del

*Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la monarquía católica*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

RODRÍGUEZ MOYA, Inmaculada

*La mirada del virrey. Iconografía del poder en la Nueva España*, Castelló, Universitat Jaume I, 2003.

RUBENS, Peter Paul

*The Magnificent Ceremonial Entry into Antwerp of His Royal Highness Ferdinand of Austria on the Fifteenth Day of May, 1635*, Nueva York, Benjamin Bloom, 1971.

RUIZ, Teófilo F.

"Unsacred Monarchy: The Kings of Castille in the Late Middle Ages", en WILENTZ, 1985, pp. 125-126.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de

*Idea de un príncipe político-christiano, representada en cien empresas; dedicadas al Príncipe de las Españas nuestro señor por don Diego de Saavedra Faxardo*, 1643.

SCHNEIDER, Robert A.

*The Ceremonial City. Toulouse Observed, 1738-1780*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

SEBASTIÁN, Santiago

*Contrarreforma y barroco. Lecturas iconográficas e iconológicas*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

SMUTS, R. Malcolm

"Public ceremony and royal charisma: The English Royal Entry in London, 1485-1642", en BEIER, CANNADINE y ROSENHEIM, 1989, pp. 65-93.

SOFORZANO y PEREYRA, Juan de

*Política Indiana*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (BAE), 1972, 5 vols.



STRONG, Roy

*Art and Power. Renaissance Festivals, 1450-1650*, Berkeley, University of California Press, 1984.

SUÁREZ, Margarita

*Desafíos transatlánticos. Mercaderes, banqueros y el estado en el Perú virreinal, 1600-1700*, Lima, PUCP, IFEA, Fondo de Cultura Económica-El Perú, 2001.

TURNER, Victor

*The Forest of Symbols. Aspects of Ndembu Ritual*, Ithaca, Cornell University Press, 1967.

VALENZUELA, Jaime

“De las liturgias del poder al poder de las liturgias: para una antropología política del Chile colonial”, en *Historia*, 32 (1999), pp. 575-615.

VARGAS UGARTE, Rubén

*Historia general del Perú. El descubrimiento y la conquista (1524-1550)*, Lima, Carlos Milla Batres, 1966.

VITORIA, Francisco de

*Relecciones, 1557*, en Anthony PAGDEN y Jeremy LAWRENCE (eds.) *Political Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

WILENTZ, Sean (ed.)

*Rites of Power. Symbolism, Ritual and Politics since the Middle Ages*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1985